

José Gómez de la Cortina y
José María de Lacunza

“Discurso y cartas sobre varias reformas que parece deben hacerse en el método de algunos de nuestros estudios científicos. Polémica epistolar”

p. 79-150

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia

Juan A. Ortega y Medina (selección, introducción,
estudio y notas)

Álvaro Matute Aguirre (prólogo a la tercera edición)

Eugenia W. Meyer (notas bibliográficas y apéndice
biobibliográfico)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

542 p.

(Serie Documental, 8)

ISBN 968-36-9071-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos_mexicanos.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

**DISCURSO Y CARTAS SOBRE VARIAS REFORMAS
QUE PARECE DEBEN HACERSE EN EL MÉTODO
DE ALGUNOS DE NUESTROS ESTUDIOS CIENTÍFICOS**

**POLÉMICA EPISTOLAR
ENTRE JOSÉ GÓMEZ DE LA CORTINA
Y JOSÉ MARÍA LACUNZA**

JOSÉ GÓMEZ DE LA CORTINA (1799-1860)

Más conocido por su título de conde de la Cortina, nació y murió en la ciudad de México. Estudió en la Corte y en la Academia de Alcalá de Henares. En 1829 ingresó en la Academia de la Historia. Dejó inédito un diccionario biográfico de españoles célebres. Tradujo en unión de otros autores la *Historia de la literatura española* de Bouterbeck. Ocupó puestos de importancia entre los años de 1836 a 1846. Fue miembro de numerosas sociedades científicas y literarias. Tomó parte en la publicación de *El Registro Trimestral*, *La Revista Mexicana*, *El Imparcial*, *El Semanario*, *El Mosaico*, *El Ateneo*, etcétera, y dirigió el periódico literario *El Zurriago*. Con su cultura y erudición produjo obras muy notables como las *Nociones elementales de numismática* (1843), el *Diccionario de sinónimos castellanos* (1845), la *Biografía de Pedro Mártir de Anglería* (1858), etcétera. Muchos de sus manuscritos quedaron inéditos y muchos otros se han perdido.

JOSÉ MARÍA LACUNZA (1809-1869)

Poeta y abogado, nació en la ciudad de México. Hermano de Juan Nepomuceno. Hizo sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán. En 1836 fundó, junto con su hermano, con Juan Manuel Tossiat Ferrer y con Guillermo Prieto, la Academia de Letrán. Fue ministro de Relaciones Exteriores en el gabinete de José Joaquín Herrera, y después con el emperador Maximiliano. Al fracasar el imperio, tuvo Lacunza que emigrar a Cuba, donde murió.

CARTAS SOBRE VARIAS REFORMAS QUE PARECE DEBEN HACERSE EN EL MÉTODO DE ALGUNOS DE NUESTROS ESTUDIOS CIENTÍFICOS

Esta serie de cartas polémicas, que se cruzaron, en diálogo abierto, entre don José Gómez de la Cortina y don José María Lacunza, fue publicada a partir del 8 de febrero de 1844 en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*. Su interés dimana del hecho de que el gobierno había incluido en el nuevo plan de estudios el relativo a la historia, dando así motivo a una interesante discusión polémico-crítica entre ambos escritores. Al parecer ni las cartas del conde de la Cortina ni las del mismo Lacunza fueron republicadas, ya sea por junto o por separado. El material periodístico rescatado permitió, según dijimos, que una de las alumnas del Seminario de Historiografía Moderna Mexicana presentase con buen éxito su tesis profesional de licenciatura en Historia. (*Vide* Tulia Valencia Funatzu, *Una polémica histórica en el "Siglo XIX": Lacunza-Cortina*, tesis profesional, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, D. F., 1963.)



1. TRASFONDO HISTÓRICO

La llamada década trágica (1838-1848) de nuestra historia tiene como prólogo la guerra de Texas (1836) y como epílogo la guerra contra Estados Unidos (1847). Pero dentro de esta dramática década queda también incluida la guerra contra Francia (1838), tan arbitraria e injusta como la del 47, y que el pueblo calificó aguda e irónicamente como Guerra de los Pasteles, a cuenta de las exorbitadas reclamaciones de un pastelero francés que alegaba haber perdido más de setenta mil pesos de mercancía en uno de nuestros tantos pronunciamientos. Todo esto sin contar la serie casi ininterrumpida de revoluciones y luchas intestinas que van desde la anticolonialista de Tampico (18-III-39), pasando por el levantamiento de Santiago Imán en Tizimín, Yucatán, hasta la sublevación de los polkos (27-II-47), con los norteamericanos ya a punto de desembarcar en Veracruz y sitiar la plaza (9-III-47). El tratado de paz de Guadalupe Hidalgo (2-II-48), que puso fin a la guerra contra los Estados Unidos, obligó a México a ceder a los norteamericanos dos millones de kilómetros cuadrados a cambio de una indemnización valuada en quince millones de dólares, pagaderos en partidas.

Mas volvamos atrás. El día 12 de julio de 1843 el país comienza a gobernarse bajo la nueva constitución política denominada *Las bases orgánicas*. Conforme a ellas se hicieron las elecciones, resultando electo presidente, una vez más, el imprescindible general Santa Anna. Yucatán, a causa de este nuevo código centralista, decide separarse y no se logrará reincorporarlo hasta el 15 de diciembre, tras una costosa campaña. Texas va siendo reconocida por diversos países europeos y cunde el rumor por doquiera de su segura incorporación a la Unión Americana. Santa Anna alterna sus funciones presidenciales con descansos sistemáticos en su hacienda de Manga de Clavo, en tanto que los generales Bravo, Herrera y Canalizo se turnan en el ejercicio del poder durante los eclipses santannescos. El caos administrativo adquiere proporciones enormes. En Guadalajara, Paredes y Arrillaga se subleva contra el desgobernado de Santa Anna, y el movimiento se extiende a Querétaro, Puebla y México. El decreto presidencial del 2 de diciembre de 1844, por el que se suprimían las dos cámaras, hace estallar la revolución en la capital. El populacho destruye las estatuas



erigidas en honor del dictador y, no contento con esto, desentierra del panteón en Santa Paula la pierna perdida por Santa Anna en Veracruz (1833) al repeler a los franceses, y la arrastra por calles y plazas. Santa Anna huye de la ciudad, pero regresa muy pronto con un ejército de doce mil hombres; decide no atacar la capital, se desvía hacia Puebla, ésta se le resiste y en un dos por tres se encuentra casi solo y tiene que emprender la marcha hacia Veracruz. Es hecho prisionero y encerrado en Perote, en donde queda recluido hasta el 27 de mayo (1844) en que se le destierra como castigo a Venezuela. El desterrado no volvería a pisar el territorio nacional (Veracruz) hasta el 12 de septiembre de 1846, con permiso, claro está, del jefe de la escuadra americana (comodoro Stockton) que bloqueaba el puerto.

Al partir Santa Anna, en mayo del 44, hacia el destierro, quedó rigiendo los destinos de México el general Herrera, quien con muchas dificultades levantó un ejército de seis mil hombres para rechazar a los norteamericanos. Habiendo sido nombrado el general Mariano Paredes y Arrillaga jefe de este ejército, aprovechó la ocasión para sublevarse en San Luis Potosí (14-XII-45) contra el gobierno. Secundado el movimiento reaccionario en la capital, Paredes pudo entrar en ella el 2 de enero de 1846, en tanto que el pundonoroso Herrera se retiraba a su casa. Durante la presidencia de Paredes los norteamericanos nos invadieron por el norte, registrando a su favor las acciones de Palo Alto, Resaca de Guerrero o de La Palma y Matamoros. Un pronunciamiento contra Paredes en Guadalajara obliga a éste a marchar con todo el ejército contra dicha ciudad, lo que aprovecha otro general, Mariano Salas, para desconocer a Paredes y proclamar de nueva cuenta al desterrado Santa Anna.

El ejército, en lugar de disponer todos sus esfuerzos para batir al enemigo, se dedica al irresponsable deporte de los pronunciamientos; en esta situación hubiera sido cosa de milagro que los norteamericanos hubiesen perdido una sola batalla durante toda la campaña.

2. LA PRIMERA POLÉMICA MEXICANA ACERCA DE LA HISTORIA

El 18 de agosto de 1843, y de resultados del nuevo código político ya citado, *Las bases orgánicas*, se ponía en vigor un “plan general de estudios” en el que se establecían las “bases generales” que, a partir de ese día, iban a regir todos los “estudios preparatorios”. Tales estudios eran considerados comunes para todos los jóvenes que intentasen emprender una carrera profesional, como por ejemplo la de medicina, la del foro, la eclesiástica incluso. Al amparo del plan se intentaba por primera vez en el México independiente el estudio de la Historia como parte importante en la formación intelectual y moral de los alumnos profesionales. En la articulación legal del decreto firmado por el general Santa Anna se dispone que en los diversos colegios por entonces existentes (San Ildefonso, San Gregorio, Seminario, San Juan de Letrán) se establezca “una academia de humanidades, a la que concurrirían forzosamente todos los pasantes de cualquier carrera” (artículo 42). El artículo 44 estipula que: “La academia de humanidades tendrá ciertos cursos repartidos en dos años de práctica, a razón de un curso por cada medio año. El primer curso será de historia general y la particular de México.” Es digno de toda estimación este nuevo plan porque supone la necesidad de los conocimientos históricos en un nivel ya tan elevado como el profesional. La Historia, junto con la lectura y el análisis crítico de los clásicos, viene así, según parece, a suplir una carencia: acaso la de aquella falta de conciencia histórica que tanto echó de menos Humboldt entre los jóvenes criollos, durante sus extraordinarios viajes por Sudamérica y México. La Junta de Notables, de orientación política conservadora, al inspirar el nuevo plan educativo tuvo muy presente los valores tradicionales, formativos de la Historia: el conocimiento de la misma como medio de salvación, estabilidad y conservación. De acuerdo con esto, la conciencia conservadora y moderada percibe bastante antes que la liberal el valor político formal que posee la enseñanza —en nivel superior— de la Historia, y al promover el estudio de ésta, intenta, ni más ni menos, llevar harta agua a su molino ideológico.

Decretado así el estudio de la Historia, en el *Museo Mexicano* (1843) se informó de la apertura de dicha cátedra en la Academia de San Juan



de Letrán —primera de esta clase en la historia de México, hasta aquel entonces—, del nombramiento del licenciado José María Lacunza al frente de la misma y se incluía asimismo el primer discurso histórico proclamado por el profesor en esta “primera cátedra”. Cuando don José Gómez, conde de la Cortina, hombre educado en Europa, poseedor de una vasta información científica en materia histórica, pues la había adquirido en Francia y Alemania con los mejores profesores de aquel entonces, y autor además de una *Cartilla historial o método para estudiar la Historia*, con una tercera edición en México y una primera en Madrid en 1829, leyó en la revista aquel primer discurso retórico-histórico de Lacunza, no pudo menos que enviar a *El Siglo Diez y Nueve* una “Carta sobre varias reformas que deben hacerse en el método de algunos de nuestros estudios científicos”. A Lacunza no le agradaron nada las críticas del conde y envió al mismo diario su respuesta a aquellas censuras. Así fue como se inició esta curiosa polémica en torno a la teoría y los valores de la Historia, que nos parece que es la primera iniciada en México sobre un problema historiográfico. Al discurso primero de Lacunza, que provoca el diálogo, sigue el intercambio epistolar comedido, constituido por tres cartas del coronel, pues que el conde lo era del ejército mexicano, y tres réplicas de Lacunza.

En el discurso que motiva la intervención del señor Gómez priva un concepto utilitario de la Historia que nos remite a la interpretación pragmática clásica de la misma, con todo y sus altisonancias discursivas y retóricas. La imparcialidad que adopta Lacunza está también inspirada en el mundo historiográfico grecorromano; como Virgilio, nuestro autor quiere permanecer en equilibrio entre tirios y troyanos. En este discurso preliminar se recapitula toda la Historia, marcando los rasgos distintivos de las cuatro edades que la constituyen; y no puede faltar en él un nostálgico providencialismo cristiano como corresponde a un autor que, como Lacunza, permaneció firmemente anclado en la tradición católica hispánica. En la sección correspondiente a la historia antigua nos dice que estudiará Israel, Grecia y Roma, y que dejará a un lado los pueblos *borrados* por el dedo de Dios en el lento discurrir histórico. Esto quiere decir que el autor no se va a preocupar ni poco ni mucho de Mesopotamia, de Egipto, de la China o de la India antiguas; pero lo malo del caso es que esta extrema tesis providencial le va a ahorrar hablarnos de las civilizaciones prehispánicas de México, borradas también por el dedo de Dios, o, por mejor decir, por las segundas causas arbitradas por Él en las personas de los audaces conquistadores. Por contra, Lacunza aclara que estudiará a los bárbaros invasores, a los germánicos, porque los considera el pueblo-rey. Son “nuestros abuelos —nos dice Lacunza— porque es necesario confesar,

señores, que la sangre que circula en nuestras venas no se encuentra sin mezcla de godo, bretón o franco”. Este germanismo confesado por el historiador —¡cosa curiosa!— ante un conjunto de avanzados alumnos, en su mayoría mestizos, como correspondía al nivel clasista del plantel donde Lacunza profesaba, se antoja muy extraño, supuesto que con títulos herenciales semejantes podría haber invocado un arabismo hispánico. Guillermo Prieto, que conoció muy bien a Lacunza, nos lo describe como un hombre blanco, robusto, de frente levantada y hermosos ojos negros; es decir un criollo de aspecto más bien mediterráneo que nórdico, lo que no explica, al menos por este lado, su entusiasmo germánico; por consiguiente sólo cabe traducir su arrobamiento en términos de admiración intelectual. Sin embargo, queda aún otra posibilidad interpretativa, porque si recordamos su ignorancia de *lo indio*, la actitud de Lacunza revela un europeísmo entusiasta que, desconociendo o desdeñando lo propio, recurre a lo impropio como instancia de salvación. Lacunza se *sabe* mexicano, *es* mexicano; pero se *siente* mexicano más por sus raíces europeas que por las indígenas. Lacunza, a pesar de todo, no es sino la expresión dramática de la incipiente conciencia nacional que busca en un principio afirmarse a través de una exclusiva referencia de valores.

Al referirse en el mismo discurso a la Edad Media, la actitud comprensiva, antiilustrada, con que la considera Lacunza, nos permite ver en él una intuición romántica de la historia, como correspondía ya a su época. Sin las invasiones germánicas y sin las Cruzadas el mundo cristiano y civilizado habría degenerado. En la historia moderna, que comprende desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa, muchos pueblos avanzan hacia el progreso, aunque no todos lo hacen al mismo ritmo, lo que da a esta época un carácter distintivo, dado que en cada periodo el pueblo más distinguido, es decir, el que más se adelanta en ese momento histórico, se convierte en centro de atracción de los demás y a él se refieren todos los sucesos. No existe, por tanto, en esta edad unidad de acción y son muchas las historias paralelas que el historiador tiene que poseer a un mismo tiempo (España, Francia, Inglaterra, Portugal, Italia, etcétera). En la historia contemporánea el foco de atención lo constituye la Revolución Francesa, suceso que tipifica a esta época y que la hace tan diferente de la anterior. La proximidad de los acontecimientos revolucionarios resulta peligrosa para el estudioso de la historia, porque dicha cercanía hace que la edad contemporánea sea la más sujeta a la parcialidad; a saber, la más expuesta a nuestra simpatía o antipatía. Con criterio organicista, Lacunza entiende la Historia como biografía de las naciones. La nación, como el individuo, tiene su historia, que consiste en el despliegue de sus



intereses comunes, sociales. El progreso auténtico consiste en el equilibrio o estabilidad entre la vida nacional externa y la interna; de la misma manera que la felicidad social, política y económica consiste en la armonía entre el pueblo y el gobierno; entre la opulencia de los ricos y el bienestar de los pobres. Lacunza está poniendo de manifiesto un grave problema social; pero no aporta, como se ve, ninguna solución adecuada. Su silencio tenemos, por consiguiente, que interpretarlo como residuo tradicional, como apelación a la buena voluntad o caridad de los poderosos.

El problema siguiente que se plantea el historiador es el de la validez de la fuente o del testimonio histórico. Lacunza quiere salvarse del escepticismo oponiendo a la *fides romana* una *fides púnica*; curarse de la parcialidad mediante la lectura de autores contrarios, sin caer en la cuenta de los peligros que ofrece el pirronismo histórico. Distingue nuestro discursante historiador entre los documentos históricos oficiales hechos por encargo —y por lo mismo poco dignos de confianza— y los que surgen de las propias relaciones vitales de un país, que sí son más dignos de fiar. Por lo que se refiere a otras fuentes, como son memorias manuscritas de grandes personajes, monumentos, ruinas, códices, etcétera, Lacunza reconoce el valor incalculable de tales restos; pero nos pone en guardia respecto de los primeros, por considerar que hay memorias que más bien parecen meras novelas.

Como no podemos exigir de Lacunza una comprensión historicista de las fuentes, tenemos que advertir que él utiliza el arsenal disponible de las ideas y de la metodología histórica de su tiempo; ésta es la razón por la que va a terminar su primer discurso de inspiración bossuetiana, aceptando que él no es original ni ha pretendido serlo.

Lo que sigue es ya la polémica propiamente dicha entre Lacunza y el conde de la Cortina. La postura de este último, en tanto que erudito, consiste en subrayar las deficiencias que en este orden encuentra en su contrario; de aquí la exigencia de un método más moderno que el meramente discursivo utilizado por Lacunza; un método menos memorístico y más funcional —modalidad de la escuela nueva que apenas por entonces se abría paso en Europa— en donde el acento recargue sobre la actividad investigadora incesante del alumno bajo la dirección del maestro. El conde sabía, acaso aprendido en algún discípulo de Kant, que la Historia es una de las cosas que no puede ser enseñada en el mismo sentido en que se puede enseñar la física o la geografía. Ante la Historia sólo cabe despertar vocaciones e inquietudes y enseñar modos de aprendizaje, de investigación. Por supuesto el culto crítico no lo expresa en la fórmula moderna aceptada hoy por todos; pero hacia allá apuntan sus censuras cuando se dice discípulo

de V. Cousin y de Heisen, con los que él aprendió ya en Francia o en Alemania *modos de aprender* y de *practicar* lo aprendido. Paralelamente a esto subraya la escasa o nula bibliografía moderna empleada por Lacunza y le hace ver a éste la necesidad de utilizar un adecuado material didáctico. Por último, el texto auxiliar utilizado por Lacunza le parece malo al conde por estar redactado conforme a una exigencia puramente interesada, egoísta, *ad panem lucrandum* [para ganarse el pan], como expresa con singular ironía.

La respuesta de Lacunza, tras aclarar patéticamente al conde que él no percibía ningún emolumento por dar la cátedra de Historia en el colegio, trasluce la aceptación, un tanto irritada, de los puntos de vista críticos de su oponente, acatando como cosa principal el hecho de que la Historia no puede, en efecto, ser enseñada, sobre todo cuando no se dispone de libros ni de los medios didácticos (mapas, atlas, cuadros sincrónicos, etcétera) más necesarios y útiles. Rechaza que el texto por él empleado, el de Tyler,* sea tan malo como cree su censor, y además añade que el libro citado tenía la ventaja de venderse barato, lo que sin duda no era poca ganancia para alumnos y maestro. Agrega que agradecía la gentileza del conde al ofrecerles otros textos y listas de libros importantes, y que estaba de acuerdo en que sin poseer lenguas extranjeras no se podía ser buen maestro. Gómez y Lacunza en este punto estaban bien pertrechados: poseían el latín, el francés y el italiano. El conde conocía además a la perfección el alemán y el inglés; Lacunza, de acuerdo con el testimonio de Guillermo Prieto, traducía muy bien el segundo y del primero se declaraba ignorante.

La polémica, que no deja de tener cierta altura, pone de manifiesto el nivel cultural de ambos contendientes y por extensión pone de relieve el ambiente cultural de aquella época, clima nada desdeñable aunque hasta la fecha lo vemos opacado e ignorado por el énfasis que casi siempre hemos puesto en los problemas históricos estrictamente políticos. La polémica muestra asimismo la *incomunicabilidad* íntima y a la vez extrema de todo diálogo. No hay, por supuesto, vencedor ni vencido; porque si bien la erudición del conde se ostenta ufana, la menor de Lacunza se compensa con una preocupación más mexicanista: la de crear en los jóvenes una auténtica conciencia nacional por medio de la Historia. El conde propone por vía erudita la imitación y, si es posible, la superación del modelo europeo, del que él mismo, en cierto

* Escrito otras veces Tyler o Tietler. Creemos que se trata de Alex Tytler, autor de *Elements of General History. Ancient and Modern*. Nosotros hemos consultado la edición 195, publicada en Nueva York por Clark Austin and Smith, adicionada de una "History of the United States by an American gentleman", y del prefacio original de Tytler, profesor de la Universidad de Edimburgo, escrito en abril 1801.



modo, no deja de ser sino una de sus creaturas; Lacunza lo que se propone es la formación de jóvenes que, a través del conocimiento de la Historia, se conviertan en buenos políticos, estadistas y diplomáticos capaces de bregar con éxito en el trato internacional de México con el extranjero. El conde aspira a la erudición en sí y por sí misma; y, aunque él mismo fue alumno bien aprovechado de los maestros europeos, no llegó a calar en el sentido profundo de la erudición y del cientificismo históricos como nuevo, irrefragable y contundente atributo, o mejor artilugio, del nacionalismo absoluto y excluyente. De haberlo sospechado, su polémica con Lacunza hubiera adquirido un sesgo sin duda distinto, porque habría estado de acuerdo en conceder a la erudición el papel auxiliar que de hecho le correspondía, como intuía Lacunza, en la forja de la conciencia nacional integradora de la patria.

Con posteridad a esta polémica, José María de Lacunza publicó dos artículos: “Historia” y “Las ciencias en el siglo XIX”, en el primero, sin alterar su típico estilo discursivo se muestra escéptico frente a los sistemas construidos y apunta hacia la distinción entre la ciencia normativa y la histórica. Para Lacunza, la Historia descansa sobre una concepción general del hombre, que permite por el conocimiento del individuo el reconocimiento de la especie; es decir, el análisis de las causas históricas del pasado significa el pronóstico cierto del futuro. En el segundo artículo, el autor, a la manera ilustrada de un Volney, cae en la meditación o sueño que le permite ver el desfile progresivo e intensificado de las ciencias desde Egipto, Grecia y Roma al Siglo de las Luces. Ve el crecimiento de la ciencia como un proceso acumulativo al que todos los pueblos y naciones han contribuido con algo. La única indulgencia que los hombres presentes podrán exigir a los del futuro es su aporte a la corona de la razón; de aquí el consejo humilde de Lacunza para que no nos ensoberbecamos con el orgullo de nuestra imaginada perfección presente.

3. TEXTO

DISCURSO PRIMERO (JOSÉ ANTONIO LACUNZA)

En la época de civilización en que vivimos, el estudio de la historia no necesita recomendarse. Contiene la experiencia del universo y de todos los siglos, y el ejemplo de lo pasado es el pronóstico de lo futuro. Cuanto hay de grande en los pensamientos y acciones humanas, cuanto hay de variedad y profundo interés en nuestra naturaleza, en su elevación, sea exaltada por los medios naturales o por la gracia divina; en sus padecimientos santificados o no santificados, martirios y pruebas o castigos; en sus extraños reveses, en sus diversificadas aventuras, en sus distintas facultades, todo esto es la medida del interés y variedad de la historia. El corazón humano anhela poseer los secretos de los tiempos pasados, y quisiera, si fuera posible, anticipar el momento de la resurrección universal, para preguntar a los hombres que hoy duermen en el sepulcro los sucesos de su vida. Así no hablaré una palabra más para estimularlos al estudio.

Pero en la serie continua de acontecimientos, que se han sucedido desde los primeros días de que hay memoria histórica hasta los en que vivimos, es más difícil leer las revoluciones morales y sociales de la humanidad, que las que han conmovido el mundo físico. Las piedras de las montañas, la superposición de las capas de la Tierra, y aun las osamentas de animales cuyas razas se han extinguido, son indicios de las segundas; pero el polvo de las naciones en que las primeras estamparon su huella vuela hoy mezclado a la arena de los desiertos del mundo antiguo, y tal vez de los de éste que llamamos nuevo, porque se colocó el segundo en la serie de las ideas de Europa. La incertidumbre, pues, es el primer obstáculo en este estudio.

Y la multiplicidad de cosas es el segundo. Cada generación ha tenido sus días de virtud y de crimen, de gloria y de abatimiento, y cada pueblo y cada tribu ha producido sus héroes y sus jefes, y para vergüenza de la humanidad, sus tiranos. Una sola línea consagrada a cada monarca, a cada triunfo de un pueblo, a cada desgracia de la humanidad, a cada suceso de los que arrebatan la admiración, bastaría para formar un volumen mayor que lo que la mente humana podría conte-



ner. Felizmente este conocimiento minucioso que sería imposible, no es de gran necesidad: porque en el océano de los tiempos, como en el de las aguas, no es necesario conocer día por día ni gota a gota, sino sólo los grandes contornos, las formas del conjunto, las masas, en una palabra. Se alza, sin embargo, entre la multitud, de cuando en cuando, la figura colosal de un hombre ilustre, que en mayor o menor atención es árbitro de los destinos de sus contemporáneos, que personifica a su siglo, a su nación, y esta figura no puede pasar inapercibida. Pero lejos de distraer la atención, sirve para fijarla, y estos personajes contribuyen a la unidad de la historia, concentrando sus intereses. Recordad a Alejandro y a César, a Mahoma y a Napoleón. ¿Cada uno de estos nombres, no despierta en vuestra imaginación una historia entera?

Aun el conocimiento de algunas naciones es de poca utilidad hoy para el mundo, y señaladamente para nosotros; pero éstas son por fortuna las que han dejado menos vestigios, cuyos hechos son más inciertos. En la móvil escena del universo, la mayor parte de las naciones primitivas han desaparecido. Los egipcios anteriores a los faraones, los babilonios, los fenicios y aun los pobladores de Europa antes de la fundación de Roma poco han dejado tras de sí; y la ignorancia de sus acontecimientos, no conocemos, al menos, cuál es el daño que puede causarnos. Poco menos sucede, señores, y dispensadme si os causa extrañeza la proposición, con las naciones que poblaron nuestro continente antes de su descubrimiento por los europeos. Todas estas naciones, en calidad de tales, han sido borradas de la faz de la Tierra por el dedo de Dios. Como naciones han cesado enteramente de existir. Sus ejércitos fueron vencidos, y en pos cayeron sus tronos: murió el cuerpo social con sus costumbres y con sus leyes, con sus religiones, y aun con sus dioses.

Verdad es que habitamos la misma tierra que ellos habitaron; pero somos unos sucesores singulares de parte de su propiedad adquirida por los medios que, en los juicios de la Providencia, estaban en el destino de estas naciones; pero apenas les hemos sucedido en otra cosa; y el estado social que hoy tenemos ha sido llamado a la existencia desde el momento en que esas naciones sucumbieron. Más vivos son en Europa los recuerdos romanos; y sin embargo gran parte de los elementos de su orden social no es anterior a la mezcla de raza germánica con la del imperio.

En nuestro siglo, que ha tomado por divisa el *nisi utile est quod facimus stulta est gloria*,* la intención de haber establecido este curso es, la de ofrecer a nuestra juventud conocimientos usuales en la vida.

* "Si no es útil lo que hacemos, es vanagloria."

No seré yo quien pretenda disminuir el mérito de los sabios, que han pasado su existencia preguntando a los antiguos años sus acontecimientos: ninguna instrucción carece de provecho por estéril que a primera vista parezca; pero nuestro objeto ahora, y el corto tiempo que a él destinamos, no nos permite representar el papel de anticuarios: es necesario ceñirnos a los conocimientos indispensables para alternar en la sociedad, así en el círculo pequeño de las relaciones individuales, como en el mayor de las internacionales, a que algunos de vosotros seréis llamados por la patria en el transcurso del tiempo.

Ocuparán, pues, muy poco lugar en estas lecciones las naciones antiguas: apenas el suficiente para que las tinieblas de la ignorancia no sean palpables. Hay algunos pueblos, sin embargo, que exigen alguna consideración. El de Israel, familia santificada en su origen desde los días de la creación y del diluvio; después pueblo escogido, guerrero y devastador; más adelante ingrato, rebelde y de mudable fortuna; deicida al fin y castigado con una larga persecución del universo, cuyos más brillantes destinos acaso todavía son proféticos y están por cumplirse; este pueblo de Dios no puede ser olvidado por quien lleva el nombre cristiano; fijaremos nuestras miradas sobre el árbol que cubría en Edén al padre de la raza humana; sobre la tienda del árabe en el desierto; sobre el trono y el templo del rey sabio; y no sin profunda veneración sobre la cruz de Jesucristo.

Grecia también nos ocupará: la tierra clásica de los héroes, de las artes y de las ciencias; país mitológico de los dioses, destinado a preceder y a sobrevivir al imperio de Roma, y cuyas hazañas en este siglo no desdicen de las de los más brillantes de su existencia histórica. Sería imposible omitir a Italia y a Roma. Roma que, contemporánea de todos los siglos, ha sobrevivido a todos los pueblos que venció, y aun a los que a su vez vencieron; patria antes de libertad turbulenta, y de gloria no siempre inocente, hoy centro de la religión católica, y muchos siglos de cuanto llevaba el sello del cristianismo: Roma que nos ha legado sus leyes no pasará sin ser objeto de varias lecciones.

La raza, entre tanto, del pueblo rey, llegó a su día final, y los bárbaros de Alemania, nuestros abuelos, señores, porque es necesario confesar que la sangre que circula en nuestras venas no se encuentra sin mezcla de godo o sajón, bretón o franco; los bárbaros se poseionan de Europa, y mezclan a todos los elementos que entonces existían en el orden social, el nuevo de la raza germánica que debía alterar enteramente la faz del mundo. Aquí empieza la historia moderna, o por mejor decir, de la Edad Media en esa época de transición, que acaso fue necesaria para restituir a Europa degradada del imperio de los césares, la elevación de ideas, el valor y dignidad de los siglos últi-



mos. Este periodo, que llamamos de oscuridad y de ignorancia, tiene sin embargo bellas escenas y grandes caracteres, universal interés sobre todo. Sin las Cruzadas, tal vez hoy el mundo entero sería mahometano, tan degradado como el imperio turco; y sin las invasiones de las razas germánicas, habría continuado la esclavitud a las guardas pretorianas y a cortes corrompidas, sólo Dios sabe hasta qué grado, en el goce del poder tranquilo en el transcurso de tantos siglos. Recordad a Constantinopla. Tal vez en los juicios de la Providencia son necesarias estas renovaciones periódicas, y un bautismo de sangre para volver a templar el resorte laxo de la raza humana.

Aparecen después la imprenta y el Nuevo Mundo; ya somos nosotros: León X y la Reforma, y Carlos V y la batalla de Lepanto. Este periodo de la historia es el que con más propiedad puede llamarse moderno: aquí es donde hay mayor certidumbre, mayores medios de investigación y mayor utilidad; pero aquí es también donde se necesita más precaución en la lectura. Cuando hablamos o leemos acerca de los hechos antiguos, somos imparciales, no somos griegos ni romanos. *Tros Tirjuseve mihi nullo discrimine habetur.** Mas el lector de la historia moderna no es simple espectador; es individuo de los cuerpos que son actores, y una patria común le hace participante de su gloria y de su deshonra. El historiador se halla las más de las veces dominado por la misma pasión, si no por otras menos honrosas, y no es raro que él mismo sea uno de los personajes de su narración, y que hable en primera persona.

La historia moderna tiene otro carácter distintivo de la antigua. En ésta hay en cada periodo un pueblo más distinguido que los otros que fija la atención, y al cual se refieren los sucesos de los demás, es el centro de unidad, el héroe del gran drama; mas en la historia moderna muchos pueblos, y aun muchas reuniones de pueblos, caminan de frente en una línea igual, de manera que cada uno produce sus héroes y sus hazañas, no hay unidad en la acción, son muchas historias que deben poseerse a un tiempo. Todo lo que estaba fuera de los límites del imperio era llamado bárbaro por los romanos, no merecía su atención; pero hoy, ¿cuál es la nación que podría decir otro tanto?

La misma historia moderna podría admitir una última división: el mundo recibió por la Revolución Francesa del fin del siglo pasado un sacudimiento, que hizo tan distinta la época que la precedió de la que la siguió, que bien pueden separarse en la historia. Estos últimos cincuenta años serán objeto único de nuestras últimas lecturas. Esta historia contemporánea, si así puede llamarse lo que está pasando a

* "Para mí, ni el troyano ni el tirio presentan diferencia alguna" (Virgilio).

nuestros ojos, es la que está sujeta a parcialidad y a los errores consiguientes: apenas podremos hablar de los sucesos que hemos presenciado sin sujetarlo a nuestras simpatías y antipatías, sino hacia los hombres y aun hacia las cosas, a lo menos hacia nuestras opiniones políticas, hacia nuestras ideas de progreso y de libertad, ídolo del siglo XIX, en cuya descripción acaso no estamos de acuerdo; pero a quien nadie se atreve a rehusar en voz alta su adoración. Y, ¡cuántas veces la memoria de un hecho es la de nuestras esperanzas de engrandecimiento o de nuestras alegrías, de nuestros temores o de nuestras desgracias!

Después del plan, según el cual dividiremos la historia, no omitiremos algunas consideraciones sobre su materia. La historia no es biografía de las naciones; éstas tienen una vida como los individuos, y todo lo que se refiere a esta vida es del dominio de la historia; pero es necesario entender que el ejercicio de esta vida consiste en el de los intereses sociales, en los hechos comunes y no en los de cada miembro de la sociedad; las biografías de todos éstos, aun cuando fuere posible reunirlos, no satisfarían a los objetos de la historia. Mas la vida de la comunidad como la del hombre es o la vida exterior, vida de relación, o la vida interior y doméstica. En la primera para las naciones están las alianzas, las guerras, las conquistas; en la segunda, sus instituciones políticas, sus ciencias, su religión y sus costumbres. Aunque la una vida influye del todo en la otra, de manera que son casi imposibles los progresos en la una cuando la otra se degrada, el entendimiento en el análisis de las cosas que comprende la idea de una nación puede separarlas, y hay puntos muy evidentes de distinción entre ambas.

Los gobiernos son los representantes de las naciones, generalmente en la vida de relación: la historia del gobierno es la historia de éstas, porque el extranjero no puede tratar con un pueblo sino por medio de sus jefes, buenos o malos, legítimos o ilegítimos; el pueblo está asociado a los triunfos o derrotas de su gobierno, y si no participa de sus provechos, lo que rara vez sucede, es al menos compañero de sus glorias, que hacen brillar el nombre de la nación; así también es casi siempre la víctima de sus reveses y muy frecuentemente el esclavo del vencedor. Pero en la vida interior puede ser al contrario; el pueblo y el gobierno son dos seres: la opulencia y grandeza de los palacios no acompaña al bienestar de las cabañas. ¡Dichosas las naciones si estos dos seres no son enemigos! La historia para ser completa no debe pintar sólo a la corte; es necesario pintar a la nación.* Aquí se presenta

* Obsérvese que la sintaxis de este párrafo, así como la de otros muchos que no viene al caso indicar, parece transcripción taquigráfica y revela la construcción oral del discurso. Por contra, la correcta sintaxis de las réplicas pone de manifiesto la construcción escrita.



otro carácter distintivo de la historia antigua y la moderna: aquélla nos ha conservado poco de la vida interior, y la mayor parte de lo que hay pertenece a la vida de relación; ésta se ocupa en ambas cosas, porque más cercana a nosotros, aún no han desaparecido las leyes, las costumbres, las religiones; en una palabra, las instituciones sociales. En los tiempos en que la parte noble de la nación era el todo y el pueblo nada, la historia pasaba a éste en silencio, de la misma manera que no contaban con él los magnates, y sólo se ocupaba en éstos. En una u otra crónica de algún convento suelen encontrarse nombres plebeyos, porque la religión era el último asilo de igualdad. Hoy no faltan autores que cuentan a la par a la historia del pueblo y la del gobierno, porque ha llegado el tiempo en que el Estado llano sea el todo.

Como el que estudia la historia no puede haber sido testigo presencial de todos los hechos, no sólo de los que han pasado en naciones o épocas remotas, sino aun de los que pasan en su propio país y en el periodo de su existencia, es necesario que reciba su instrucción por conducto de otros, descansando así en la fe humana. Es demasiado cierto, por desgracia, que no sólo la ignorancia y los grandes intereses personales, sino aun el simple deseo de cautivar la atención hacen desfigurar la verdad, ya asentando positivas falsedades, ya dando a las cosas ciertas un colorido que no siendo el suyo, las coloca fuera de los límites de aquélla y hace su descripción muy propia para extraviar el juicio; es pues de toda importancia precaverse de este peligro en cuanto sea posible, porque no siempre lo es absolutamente. No es mi intento, ni ésta la ocasión oportuna para escribir una obra de crítica. Pero es necesario decir algo de los documentos históricos y de su credibilidad.

Ocurren en primer lugar los escritores contemporáneos, como que escriben lo que se supone pasó a su vista, testigos presenciales: he dicho antes que un hombre no puede reputarse tal ni de lo que pasa en su tiempo y en su nación; pero habrá mayor probabilidad de que tenga instrucción directa de los sucesos, que cuando refiera lo que pasó antes de su nacimiento, o en países lejanos; así, generalmente hablando, su testimonio es más fidedigno; tiene aún otra ventaja, y es que su mismo escrito es un ejemplo de las ideas dominantes de su siglo; describe una época, y nos trasmite el retrato moral de un hombre de ella, el suyo propio; pero es indispensable, como en todo testimonio, abrir los ojos sobre los intereses del testigo: si ha figurado, si es personaje principal en los hechos que refiere, es muy creíble que todos sean pintados a su placer en la parte que le pertenece, pues no faltan ejemplos de hombres que sacrifiquen sus fortunas, sus vidas, y aun los objetos más caros a su corazón, a sus creencias y a sus afectos políticos o religiosos; pero apenas los habrá que gusten pintarse por su mano como

imbéciles o malvados, para llamar sobre sí el desprecio o la execración de la posteridad.

Conviene, si es posible, usar para este caso el correctivo de leer otro autor perteneciente a la nación rival o enemiga; este segundo testimonio se hallará dominado por la pasión contraria, pintará con sombras oscuras lo que el otro hacía resplandecer con colores brillantes, entonces el que estudia representará el papel del juez que ha oído las dos partes. Tales naciones hay que aparecen poco ventajosamente en la historia, porque su destino fue sucumbir; y sus vencedores destruyeron hasta sus penegiristas, si es que hubo alguno que mitigase sus desgracias con palabras lisonjeras, pues hay pocos encomios para las derrotas; pero que hubieran sido vistas a diferente luz si Dios las hubiera favorecido más. Se ha escrito que si Cartago hubiera vencido a Roma, la antigua expresión: *fides punica* con que se designaba el fraude, se habría convertido en esta otra: *fides romana*. En la fama como en todo sobre la Tierra, ¡*vae victis!* ¡Ay de los vencidos!

En la historia moderna, principalmente, hay otro medio de buscar la verdad, que es más escaso en la antigua, y éste consiste en las piezas oficiales. Son de dos clases: la primera aquellas relaciones que se publican refiriendo los acontecimientos en que se pretende historiar directamente uno o muchos sucesos, y ésta es la menos fidedigna, porque puede estar afectada de grandes intereses como la descripción de una batalla en que siempre se encomia el partido que la cuenta; pero en muchos casos la tentación de mentir se disminuye, y aun los obstáculos para hacerlo se aumentan: así sucede en la narración de una expedición científica o comercial, en la relación de adelantos en artes o ciencias y, sobre todo, en los datos estadísticos que unos cuerpos del gobierno presentan a otros, en que la falsedad sería dañosa para todos y fácil de demostrar, cubriendo de vergüenza a su autor. De todos modos sucede con mucha frecuencia que por imperfectos que se juzguen estos datos por el lado de la credibilidad, es necesario atenerse a ellos a falta de otros mejores.

La segunda clase de piezas oficiales consiste en las leyes mismas y alianzas, y en todas las que son propiamente el resultado de los sucesos; éstas tienen completa seguridad histórica, ya porque ellas mismas son hechos históricos que no pueden negarse, ya porque muy poca reflexión basta para conocer que no habrían podido realizarse sin otros antecedentes, cuya expresión llevan en sí sus caracteres muy legibles; los tratados o alianzas respecto del exterior son consecuencias de una guerra o de una negociación, y en uno y otro caso manifiestan con claridad la posición en que las dos partes se encuentran relativamente y arreglan la en que deben encontrarse por algún tiempo. Las leyes



son los lineamientos del orden social: demuestran no sólo el estado del pueblo, sino su mayor o menor dependencia del gobierno, y la fuerza intelectual, moral y física de éste. En los códigos de las naciones hay historia; y nuestras leyes mexicanas, y entiendo por tales aun las que se dictaron para México en su estado de colonia, son un cuadro muy fiel y animado de lo que ha sido ésta en sus diversas vicisitudes. La disposición que declaró a los indígenas poseedores de una alma espiritual, y partícipes de los beneficios de la religión, es la palabra más elocuente con que se ha pintado la inmensa opresión que pesó sobre esta raza en los primeros años después de la conquista. Dudo mucho que se pueda presentar un ejemplo semejante de envilecimiento y degradación. No deben olvidarse aquí los concilios: reuniones las más veces no puramente eclesiásticas, sino que contenían en su seno cuanto había de civilizado o de grande en las naciones.

Las memorias de los personajes célebres están hoy, por decirlo así, en moda: por muchas de las razones ya expresadas adquieren un grande interés, y además como pintan no sólo la vida pública sino la doméstica, las anécdotas privadas, aun las debilidades de los héroes, excitan vivamente la curiosidad, y gustamos ver a los hombres a quienes hemos considerado siempre como en una esfera superior, reducidos a nuestro nivel y a nuestra altura. Entonces nos parece que son más las cosas que tenemos en común con ellos. Pero como es tan fácil escribir novelas bajo el nombre de memorias, y siempre se pretende dar a éstas un giro e interés dramático, la desconfianza al leerlas debe estar despierta. Las narraciones de esta clase tienen cierto aire de naturalidad que seduce; pero es preciso no olvidar que las más veces se habla de cosas secretas, que bien pudieron pasar de otro modo, y de que no hay más prueba que la palabra del escritor. Mas cuando las memorias se multiplican respecto de una época, y todas ellas conformes, por otra parte, con hechos históricos, explicándolos tal vez coinciden en el modo de pintar las costumbres, aunque no se pueda confiar en la particularidad de los hechos, podrá darse crédito al carácter general; así es como conocemos la corrupción de ciertas cortes en periodos determinados.

Suele suceder, con mucha frecuencia, que no exista un historiador contemporáneo o al menos primitivo, sino un solo escritor de quien con más o menos exactitud han extractado o copiado los siguientes; esto se verifica a menudo en la historia antigua; entonces no puede recomendarse demasiado la importancia de consultar los escritores primitivos, porque no siempre son fieles los que copian o extractan, por distinguidos que sean por sus calidades intelectuales y morales, y además, es muy frecuente que el original, ya por la abundancia de los hechos, ya aun por el modo de contarlos, presente más instrucción que

los escritores que lo han tomado por material. Debe, pues, siempre que sea posible, que las más veces no lo es, consultarse el original.

Merecen alguna atención los monumentos propiamente llamados: las ruinas, especialmente en las que hay jeroglíficos; esto tiene aplicación a naciones muy antiguas, o poco civilizadas; el medio usado para transmitir los acontecimientos, para hablar por decirlo así, una generación con la que ha de seguirle, es hoy la escritura alfabética, en que cada signo corresponde a un sonido: así se representa no el hecho directamente ni la idea, sino la palabra. Pero aun sin el testimonio de la Historia, no puede desconocerse por el más sencillo raciocinio, que este método tan ingenioso de fijar las palabras es un invento no propio de edades poco adelantadas o de naciones groseras. En éstas era más natural retratar, pintar el hecho o la idea, ya sea por una idéntica representación del suceso, como cuando se pintaba una batalla, delineando el combate; ya por la de cosas análogas, como cuando se indicaba la guerra pintando armas. Este modo de escritura que es la que se llama jeroglífica, especialmente la segunda, ha sido usada en las naciones más antiguas, y en las naciones últimamente descubiertas que no se hallaban provistas de escritura alfabética: tales eran las americanas. Los jeroglíficos son oscuros por sí mismos, aunque los trabajos de ciertos sabios modernos les hayan dado algún grado de claridad: es preciso tenerlos como fuente de conocimientos, y los trabajos de los que se dediquen a su estudio no pueden reputarse perdidos, supuesta su aplicación a los monumentos de nuestra historia antigua.¹

El estudio de la historia exige preliminarmente los de la cronología y la geografía, o al menos debe acompañarse con ellos; por estos dos conocimientos debe fijarse el tiempo y lugar de los hechos, circunstancias esenciales de que depende las más veces el concepto de los hombres y de las cosas; aunque estos dos estudios se suponen preliminares, nosotros nos ocupamos algo de ellos por dos consideraciones: la primera, que los alumnos a quienes hoy me dirijo no han cursado con anterioridad estas dos ciencias; la segunda que, aun suponiendo algún conocimiento anterior de estas materias, el tiempo de estudiar la historia es el de recordarlas y fijarlas para siempre, pues en ella tienen su aplicación, y es tal la disposición del alma humana que el uso de un conocimiento y el hábito de ponerlo en práctica es el medio más seguro para aclararlo y darle estabilidad en la memoria. No haremos sin embargo tratados especiales ni extensos de cada una

¹ Las medallas son también monumentos históricos: estas monedas acuñadas para conservar la memoria de un hecho, contienen una imagen o jeroglífico y, las más veces, una leyenda. Una conciencia entera, la numismática, ciencia no despreciable, nace de ellas.



de estas ciencias. Por lo que hace a la cronología fijamos el modo de contar por años antes y después de la venida de Jesucristo, aunque al hablar de los pueblos más notables, diremos una palabra sobre su modo de contar el tiempo, y procuraremos desentendernos de todas las cuestiones. De la geografía nos ocuparemos en lo indispensablemente necesario para entender los acontecimientos de cada nación. Esta superficialidad con que se adquirirán las nociones en la academia, me hace recomendar a los que me escuchan, el estudio de ambas fuera de ella.

Finalmente, antes de concluir este discurso,² debo advertir, así para él como para todos los que seguirán, que no puedo ser original: el puesto que tengo el honor de ocupar, exige que presente a mis oyentes el fruto de mis lecturas; las más veces no haré otra cosa que copiar los trozos de los autores que juzgue más convenientes a la instrucción, y designaré al fin de cada lección los autores de donde yo he tomado mis pensamientos, y de donde podrán, los que quieran, tomar aún más, con una profusión que el tiempo y objeto de este curso no me permitirán. Poco será esto para mi propia gloria; pero aspiro a que sirva mucho para el aprovechamiento de los que me oyen.*

² Debemos al favor y amistad del señor Lacunza el que nos proporcione la oportunidad de publicar así este discurso, como los que en lo sucesivo vaya pronunciando. Cuando insertemos el segundo discurso, pondremos también la lista de los individuos que concurren a dicha cátedra.

* REFERENCIA: José María Lacunza, "Discurso pronunciado por el señor licenciado don J. M. L. En la apertura de la Cátedra de Humanidades", en *El Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas*, t. I, lo imprime y publica Ignacio Cumpido, calle de los Rebeldes, casa número 2, México, 1843, p. 363-368.

CARTA PRIMERA (CONDE DE LA CORTINA)

ESTUDIO DE LA HISTORIA

Señores editores del *Siglo XIX*. Muy señores míos: El deseo de contribuir en cuanto yo pueda, por débiles que sean mis esfuerzos, a la mejor dirección de los estudios de mi patria, me pone hoy la pluma en la mano y me anima a pedir a ustedes, fiado en la amistad con que se sirven honrarme, admitan y concedan un lugar en su periódico a unas cuantas observaciones que creo de alguna utilidad, y que someto al juicio de todas las personas ilustradas, como fruto de veinte años de meditación y de experiencia. Si a éstas o a ustedes señores editores, parecieren mis observaciones fútiles o destituidas de fundamento, totalmente erróneas, suplico a ustedes las desprecien y hagan cuentas de que nada he dicho; pero si las consideran dignas de alguna atención, tendré el consuelo de haber contribuido con mi piedrecilla a la grande obra del edificio social de nuestra patria: esto es a lo único a que aspiro.

Cuando vi que el supremo gobierno había incluido en el nuevo plan de estudios el estudio de la Historia, sentí una satisfacción difícil de explicar, porque ciertamente era un borrón para nosotros no hacer ni siquiera mención en nuestros colegios de una ciencia que ya en la mayor parte de las naciones cultas era mirada como ciencia preparatoria para todas las demás. Pero como en materia de instituciones nuevas no basta decretar que haya o se haga tal o cual cosa, sino que es necesario crear o facilitar los medios para que la cosa se realice y prospere, creí que se reglamentaría el estudio de la Historia, estableciéndose antes las cátedras de los estudios preliminares que son absolutamente indispensables para emprenderlo con fruto. Como conozco muy bien que para esto se necesita algún tiempo, esperaba yo que se empleara todo el que va corrido desde la publicación de aquel decreto hasta hoy, en establecer y ordenar las cátedras de los estudios preparatorios para el de la Historia. Así lo creía yo, cuando repentinamente vi anunciada en algunos periódicos de la capital, la apertura de la *Cátedra de Historia*, y poco después publicada una de las primeras lecciones con que se había empezado el curso. Confieso que me



quedé atónito y lleno de dolor al ver desvirtuado en un instante uno de los mejores pensamientos del gobierno. No concibo cómo puede haber un hombre sensato que crea (suponiéndole algún conocimiento de la Historia) que es posible enseñar y aprender esta ciencia por medio de extractos descarnados, tomados de éste o de aquel autor, y reducidos a narraciones mezquinas y ridículas, que aun cuando haya quien tenga la heroica paciencia de aprenderlas de memoria, nunca serán más de lo que vulgarmente se llama *relaciones de papagayo* sin utilidad alguna para el que las aprenda.

Nadie ignora ya que uno de los más sólidos y principales fundamentos del estudio de la Historia es la bibliografía, esto es, el estudio de las obras de los antiguos autores griegos y latinos, sin cuyo conocimiento es *imposible* adquirir una convicción perfecta de la naturaleza de los hechos, pero ya no se quiera perfeccionar tanto entre nosotros el estudio de la Historia, convengamos a lo menos en que no nos es dado prescindir de los estudios que se necesitan para emprender aquél con algún fruto. En primer lugar debemos colocar la *geografía*. Pues las intenciones del gobierno son que se aprenda la Historia, no así como quiera, sino *bien*, supongo que deberá empezar el estudio de los *hechos ciertos* por la historia de los antiguos estados e imperios de Asia y África, antes del reinado de Ciro, o de la fundación de la monarquía persa. Ahora bien, si el discípulo no sabe lo que es el Asia, ni por consiguiente puede comparar esta parte del globo con las otras, y principalmente con el África. ¿Cómo podría formarse idea de la constitución física de aquellos inmensos países, de sus divisiones antiguas y modernas y de la situación que tenían aquellos pueblos? ¿Cómo podrá saber que la cordillera de *Altai* no tenía este nombre en la antigüedad y que se designaba de dos modos muy diferentes? ¿Qué idea podrá concebir de la diversidad de los usos, costumbres, creencias, guerras, política, comercio, irrupciones, conquistas, etcétera, de los habitantes del *Cáucaso*, del *Linao*, del *Paropamisio*, del *Ural*, etcétera, si no tiene idea de la cosa representada por estos nombres, que verá repetidos sin cesar en la primera lección de historia? Agréguese a esto que no en todas las naciones designa un mismo nombre geográfico los mismos países; por ejemplo, los griegos antiguos comprendieron bajo la denominación general de *asirios* al pueblo que ocupaba las regiones situadas entre el Éufrates y el Tigris, antes de Ciro los judíos, al contrario, llamaron *asirios* a otro pueblo particular, conquistador y fundador de un imperio que se extendió hasta los confines de la Siria y de la Fenicia. Pero aún hay más: no solamente se necesita el estudio de la *geografía antigua* para el de la *Historia antigua* sino que es necesario aprender a distinguir con el mayor cuidado la geografía *fabulosa* de la

verdadera. La primera de éstas forma una parte de la mitología de cada pueblo y en cada pueblo difiere según las ideas primitivas que los habitantes tenían de la figura de la Tierra y de sus divisiones naturales: la geografía *verdadera* fue apareciendo poco a poco, a medida que prosperaron los conocimientos humanos; por consiguiente es indispensable tratar esta ciencia *históricamente*, para poder entender las diversas y frecuentes variaciones que han sufrido en su división y forma los países del mundo antiguo, en los diferentes periodos de su existencia. No debe creerse por esto que el estudio de la geografía, según lo indico, requiere mucho tiempo. Una vez que el discípulo ha adquirido los rudimentos más indispensables (para lo cual son suficientes tres meses, poco más o menos) *puede y debe* combinarse el estudio de la geografía fabulosa con la verdadera, y, en seguida, cuando el discípulo esté ya más adelantado, debe combinarse también el estudio de la geografía con el de la Historia, porque no se trata de estudiar extensamente la primera de estas dos ciencias, sino de tomar de ella únicamente el auxilio que necesita la segunda, y este método contribuye aún a hacer más ameno y agradable el estudio general de la historia.

El segundo estudio preparatorio que es de *necesidad absoluta*, y que podemos mirar como condición *sine qua non* es el de la *cronología*.

Sin él es imposible, *absolutamente imposible*, que un entendimiento por sublime que sea, y por mucho que le ayuden la memoria y la voluntad, pueda jamás clasificar los hechos históricos y determinarlos según el orden de los tiempos. La antigüedad no tuvo un modo general de fijar las fechas; pero cada pueblo, y aun cada estado, adoptó un modo particular de hacerlo: ¿no será, pues, necesario que el que intente aprender la Historia aprenda antes a conocer las diferentes divisiones de los tiempos en que sucedieron los acontecimientos, y que sirven para adquirir ideas ciertas del principio y de la duración de cada uno de ellos? ¿No necesitará saber de antemano lo que es *tiempo, siglo, lustro, olimpiada, era, égira, época, indicción, tiempos oscuros, fabulosos, históricos, edad de oro*, etcétera, pues que inmediatamente que empiece a estudiar la Historia, empezará a tropezar a cada paso con estos nombres? Respecto de este estudio preliminar, puede decirse lo mismo que he sentado al hablar del de la geografía: no se necesita que el discípulo se dedique a estudiar la cronología en toda su extensión; bástanle los conocimientos necesarios solamente para guiarlo en el caos de la historia antigua, la cual, sin este poderoso auxilio, no produciría en el entendimiento del discípulo más que una mezcla informe de materia y de hechos, confusamente amontonados, sin orden ni unión. Cuando el discípulo haya adquirido los rudimentos más indispensables de la cronología, *debe* combinarse el estudio de esta ciencia con el



de la geografía y con el de la Historia, y éste es, sin duda, el mejor medio de abreviar y aligerar el trabajo, y de quitar a la cronología la aridez que tanto enfría o amedrenta, por lo común, a los principiantes.

Síguese a estos estudios preparatorios la adopción de un método para estudiar la Historia; esto es, un arreglo de los hechos según el orden que parezca más conveniente, para presentarlos con claridad y unión, al mismo tiempo, del modo más propio para retener los principales en la memoria y más ameno para mantener siempre despierta la curiosidad. Una vez que el discípulo se convence de la bondad del método que se le va a hacer seguir, está allanada la primera dificultad; pero para esto debe dársele el método escrito, reducido a instrucción o cartilla *razonada*, que pueda él meditar con libertad y en la cual encuentre al mismo tiempo ciertos conocimientos, definiciones y nociones generales, que ayudan mucho para el estudio de la Historia; que no se hallan reunidos en otras obras, y que no podría adquirir el discípulo sino a fuerza de tiempo y de trabajo. Hay autores que quieren empiece el discípulo el estudio de la Historia por el de la de su propio país, fundados en que ésta es la que más le importa; otros pretenden que debe empezar por el de la Historia moderna, y subir desde ella hasta la antigua; algunos aconsejan el método *etnográfico*; otros prefieren el *sincronístico*, muchos han adoptado la prolija división por siglos; finalmente, los modernos siguen hoy el método de la división en épocas determinadas por grandes sucesos, y este método es, sin duda, el más natural y el mejor, principalmente para el estudio combinado. Pero sin embargo de esta abundancia de métodos, no sé que entre nosotros se haya adoptado ninguno hasta ahora: únicamente ha llegado a mí noticia, que ya se dan en México *lecciones de Historia Universal*, y que estas lecciones se reducen a copiar o leer retazos de una malísima traducción de otras lecciones, peores todavía, escritas en inglés por un *extractor* que se conoce escribió *ad panem lucrandum*, y ciertamente no creo que con esto quede satisfecha la loable intención del gobierno, cuando decretó que se proporcionara a los mexicanos los medios de estudiar *de veras* la ciencia de la Historia. Tal vez me equivoque; pero lo que veo me induce a creer que los que leen en México las lecciones de historia que se dan en las cátedras de Francia, Inglaterra, Alemania, etcétera, ignoran que ni los profesores las relatan tan descarnadamente como aparecen impresas, ni los discípulos van a oír las antes de haberse dedicado a los estudios preparatorios. Aquellos profesores (y puedo asegurarlo, porque lo he visto con mis propios ojos) amenizan la enseñanza con infinitas observaciones tan oportunas como curiosas, bien de geografía, bien de física natural, de legislación, de arqueología, de numismática, de lingüística, de la civilización o historia

de la humanidad, etcétera. A cada paso llaman la atención de los discípulos hacia mil circunstancias que sirven para distinguir cada vez mejor la tradición oral, de los fundamentos escritos, o determinar con más facilidad y certeza los hechos probados por monumentos existentes, como inscripciones, pinturas, armas, utensilios y principalmente monedas y medallas. Claro es que estas observaciones traídas naturalmente a una explicación verbal, o mejor diré, a una sencilla conversación, por la oportunidad del momento, o por las preguntas y dudas de los mismos discípulos, disonarían en una disertación impresa aun cuando se las colocase en ella como notas; siempre parecerían inconexas, u olerían a pedantismo.

Estoy seguro de que si por casualidad llegan estas reflexiones, hijas de mi buen deseo, al conocimiento del supremo gobierno, luego echará de ver la urgente necesidad que hay, si es que el estudio de la Historia que el mismo gobierno ha decretado no ha de ser una ilusión entre nosotros, de reformarlo y arreglarlo, dividiéndolo en las cátedras indicadas. El gobierno puede muy bien destinar la cortísima cantidad de dinero que basta para adquirir las obras elementales de Historia, cronología y etnografía, adoptadas actualmente en Alemania y en Inglaterra, y que aún no son conocidas en nuestro país; sin que sea necesario hacer traer estas obras a docenas, o a centenares: bastan tres o cuatro ejemplares de cada una, pues el profesor es quien debe estudiarlas desde luego, y dictarlas a los discípulos, para que éstos las escriban, como poderoso medio de hacer (según ha demostrado en todas partes la experiencia) que se graben más fácilmente en la memoria, queden *traducidas, explicadas y entendidas* a un mismo tiempo. Si el profesor no se halla en estado de traducir correcta y prontamente las obras históricas escritas en griego, latín, francés, inglés y alemán, hay un fuerte motivo para sospechar que no puede ser buen profesor de Historia, porque no es probable que lo sea el que se ve reducido a valerse de interpretaciones ajenas para aprender la Historia, esto es, la ciencia que más que otra ninguna necesita de la comparación, de la pureza de orígenes, del juicio propio, de la certeza y de la antorcha de la crítica. Creo, además, que el gobierno conocerá igualmente la necesidad que hay de elegir, para profesores de Historia, personas capaces de formar el gusto de los discípulos, y de dirigirlos en la elección de autores para que aquéllos estudien con crítica y discernimiento. Aquí estamos acostumbrados, generalmente hablando, a mirar como bueno todo lo que nos viene de Europa. Se trata, *v. gr.*, de dar lecciones de Historia, al instante nos echamos a andar por esas calles, buscando de librería en librería unas lecciones de historia *cualquiera*, el caso es que sean *lecciones de historia*, y las primeras que se



encuentra son las mejores, mucho más si están ya traducidas del inglés, o del francés, el *gabacho*, como decía Capmany. Ni sabemos qué casta de pájaro es o fue el autor, ni si hay exactitud en las citas, corrección en las fechas, etcétera, nada investigamos; lo que nos importa es tener en nuestras manos *unas lecciones de historia*, y creemos que con ellas ya podemos aprender Historia y enseñarla al mundo entero... ¡Por Dios Santo! Ya es tiempo de tener juicio, de empezar a corregir esta superficialidad y ligereza que nos hace completamente ridículos, y a mirar con alguna seriedad el estudio de las ciencias verdaderas, que tan íntimamente unidas están con el bienestar de la especie humana. Aquí es donde debe ejercer el gobierno todo su poder, bien persuadido de que lo emplea en una obra verdaderamente filantrópica y de beneficencia general. A él toca la elección de profesores, y si no los hay entre nosotros, hágase por una sola vez el benéfico sacrificio de alguna cantidad de dinero para traer de Europa los más necesarios, los cuales pronto nos pondrán en estado de ir necesitando menos cada día de auxilios extranjeros, porque en verdad que no es el ingenio, ni el talento, ni la penetración, ni la aptitud, ni el deseo de saber, lo que falta a los mexicanos: fáltanles únicamente, como todo a pueblo nuevo, los *medios* de estudiar, y *una guía* que los dirija con acierto en sus estudios.

Espero, señores editores, que atendiendo al noble y desinteresado deseo que conduce a mi pluma, disimulen ustedes la difusión con que he expresado mis ideas, y les suplico al mismo tiempo vivan persuadidos del reconocimiento y afecto con que es de ustedes seguro servidor que besa sus manos.

J. GÓMEZ DE LA CORTINA

RÉPLICA PRIMERA (PROFESOR LACUNZA)

Señores editores de *El Siglo Diez y Nueve*, febrero 9 de 1884

Muy señores míos: Sírvanse ustedes insertar en su recomendable periódico la siguiente contestación a la primera carta del señor don José Gómez de la Cortina, sobre el estudio de la Historia, lo que les agradecería su afectísimo servidor que besa sus manos.

J. M. L.

Señor don José Gómez de la Cortina

Muy señor mío:

El deseo laudable que usted manifiesta en su carta primera sobre el estudio de la Historia, de que éste se utilice en cuanto sea posible, el beneficio que espero resultará de una discusión sobre tal objeto, y el creer por otra parte, que en dicha carta, aunque ha tenido la atención de omitir mi nombre, se dirige especialmente a mí, pues soy el único que ha publicado algo de las lecciones dadas en la Academia de la Historia, me obliga a contestarle, y al hacerlo le manifestaré, que no está bien instruido en una parte de los hechos y que en otra, para producir su efecto, las observaciones que se sirve hacer deben tomar otro giro diferente del de la declamación y el magisterio, tan inútiles como fácil de usar.

Los puntos a que se contrae la crítica del actual modo de dar las lecciones son los siguientes: primero, falta de estudios preparatorios, geografía, cronología; segundo, defectos del autor adoptado; tercero, defectos de los extractos por descarnados, narraciones mezquinas y ridículas; cuarto, ignorancia del modo con que se dan las lecciones en Europa; quinto, calidades que faltan al profesor.

En cuanto al primer punto, a saber: la falta de estudios preparatorios, de la geografía y de la cronología, según lo que se entiende en la carta a que tengo el honor de contestar, es demostrar su utilidad y aun en dar idea de las diversas divisiones de la primera de estas ciencias,



parece que el autor ha creído que se desconoce la importancia de ellas, o ha querido mostrar su erudición; pero de todos modos ha trabajado en vano: en cuanto a probarnos su instrucción, sin duda ninguna era inútil, porque estamos muy persuadidos de ella; en cuanto a demostrar la importancia de la geografía y de la cronología, también es inútil, porque está reconocida en teoría y en práctica. Pero en lo que está la equivocación es en creer que se cursa la Historia sin esos estudios preparatorios. Pueden leerse los artículos 6 y 27 de la ley que contiene el plan de estudios, y se encontrarán en él estos dos como preparatorios; esto es en cuanto a la teoría; en cuanto a la práctica, que es lo que realmente se ejecuta por ahora, puede leerse el siguiente párrafo de la primera lección o introducción en este ramo:

El estudio de la Historia exige preliminarmente los de la cronología y la geografía, o al menos debe acompañarse con ellos, por estos dos conocimientos debe fijarse el tiempo y lugar de los hechos; circunstancias esenciales de que depende las más veces el concepto de los hombres y de las cosas; aunque estos dos estudios se suponen preliminares, nosotros nos ocupamos algo de ellos por dos consideraciones: la primera, que los alumnos a quienes me dirijo no han cursado con anterioridad esas dos ciencias; la segunda, que aun suponiendo algún conocimiento anterior de estas materias el tiempo de estudiar Historia es el de recordarlas y fijarlas para siempre, pues en ellas tienen su aplicación, y es tal la disposición del alma humana que el uso de un conocimiento y el hábito de ponerlo en práctica es el medio más seguro para aclararlo y darle estabilidad en la memoria. No haremos, sin embargo, tratados especiales ni extensos de cada una de estas ciencias. Por lo que hace a la cronología, fijamos el modo de contar por años antes y después de la venida de Jesucristo, aunque al hablar de los pueblos más notables, diremos una palabra sobre su modo de contar el tiempo, y procuraremos desentendernos de todas las cuestiones. De la geografía nos ocuparemos en lo indispensablemente necesario para entender los acontecimientos de cada nación. Esta superficialidad con que se adquirían las nociones en la academia me hace recomendar a los que me escuchan el estudio de ambas fuera de ella.

La principal y primera objeción queda resuelta, aclarando que en esta parte se razonaba sobre un supuesto falso: que existen los estudios de geografía y de cronología. Sobre esto volveré a hablar cuando manifieste el método actual de las lecciones.

Pasemos al segundo punto. El autor adoptado lo califica usted, señor Cortina, de malo, y también a su traducción. La respuesta es: que no es verdad que sea malo, ni su traducción tampoco. Toda la razón que usted alega, y eso por incidencia, es que escribió de *pane lucrando*.

Yo ignoro si realmente es así, pero supongamos que sea, y que en efecto Tyeler, que es el autor, escribiera porque se le pagó por ello, o porque esperó ganar con su obra. No es buena lógica la que contiene este argumento: la ejecución de esta obra se paga, luego es mala; ¿hemos de contar por bueno tan sólo lo que se haga en balde? Entre estas dos ideas, que una obra se pague o no, y que sea buena o mala no hay conexión alguna, ni se puede hacer inferencia. Este autor tiene un método excelente: el que usted mismo califica de mejor: me bastaría citar su introducción o algunos de sus capítulos para demostrarlo; pero ahora no creo que usted carezca de un ejemplar, sea en el original inglés, sea en alguna de sus traducciones, me limito a suplicarle recurra a él en un rato de ocio, reservándome ampliar esta defensa para cuando usted tenga la bondad de especificar más los defectos, o se lo confesaré, si tiene razón, pues tengo suficiente franqueza para ello.

Tercer punto: extractos descarnados, narraciones mezquinas y ridículas; son mis discursos los que han merecido a usted tan lisonjeras calificaciones; poco diré en este punto. Estas producciones son mías, y no quiero al defenderlas elogiarme solo, lo que sería verdaderamente ridículo: pero en defensa haré dos observaciones: primera, que ellos han sido escritos no para formar solos una lección de historia, sino para suplir algunos hechos en la narración de Tyeler. Este autor pertenece a los historiadores que han escrito mezclando mucha filosofía y reflexiones a su obra, y reduciéndose a poco volumen; creí, pues, conveniente, dar más extensión que la que daba a la noticia de algunos hechos; por eso estos discursos presentan un extracto descarnado de los hechos, porque el autor abunda en reflexiones, y se trató únicamente de cubrir un vacío con ellos. Segunda, que unidas estas narraciones mezquinas (entiendo que el sentido de esta palabra se parecerá al de escasas, diminutas en este caso) con el texto del autor, presentan un cuerpo de doctrinas más abundantes que las obras elementales, que yo conozco al menos, teniendo a la vista una (la de Lévi) adoptada en Francia, y que es mucho más escasa de material.

El cuarto punto es la ignorancia del modo con que se dan en Europa las lecciones. Yo no he asistido a ninguna en aquel país, en donde nunca he estado. Algunos que las han oído me aseguran que no es verdad que el profesor haga otra cosa que sus discursos y marcharse, y que por esto es preciso, a los que quieren aprovechar, a servirse de otros que después les repitan y explican las lecciones; pero como usted se da por testigo presencial de lo que refiere, y no tengo motivo para dudar de su verdad, creo que en Europa habrá de todo y que unos profesores darán sus lecciones como a mí se me ha referido, y otros como usted los oyó.



Pero yo convengo en que el modo de enseñar de que usted da testimonio es preferible, como más provechoso, pues bien, ese mismo es el que yo observo. Usted se persuadió que a esta Academia se entraba a leer un trozo del autor o de un discurso, extracto descarnado, y concluido esto, o dada cierta hora, se acababa todo; pues señor no es así, y se conoce no sólo que no ha oído usted una lección de éstas, sino que ni ha hablado con alguno que haya asistido. Oiga usted el método, y le suplico me dé su opinión sobre él; de una academia para otra, que son dos a la semana, se señala una porción del autor para que los alumnos la estudien. En la academia se nombra uno para que diga explicando, no de memoria, la lección señalada; esta repetición del alumno se hace teniendo él mismo y los demás abierto un atlas en el mapa que corresponde a la nación y periodo de que se trata, y marcando en él los límites de una monarquía, la marcha de un ejército o el lugar de una batalla. Ya usted ve que hay geografía. El profesor hace muy frecuentemente ampliaciones y observaciones sobre los pasajes más notables y ya excitado por las preguntas o dudas de los alumnos, ya sin esta excitación, de manera que el método es absolutamente igual al que usted presencié en Europa. Después de esto lee el profesor uno de esos extractos que usted llamó descarnados; pero que cuando se acaba de explicar la filosofía de la Historia de aquel periodo y nación, y se ha pasado una hora sobre un mapa, son muy útiles, claros y no difíciles de conservar en la memoria; finalmente, para recordar lo que de estos extractos pudiera olvidarse, se reparten gratis a los alumnos luego que se imprimen.

Si a este método pudiera hacerse una mejora, yo invito a usted a que la diga; si los extractos cree que merecen reformas, esto es, que les faltan hechos esenciales, o deben de hacerse de otro modo, ruego a usted lo señale, que no sólo encontrará docilidad para admitir sus observaciones justas, sino que le daré las gracias por ellas. Y si usted cree a propósito para la enseñanza, entendido de que ésta debe circunscribirse por la ley a diez meses cuando más, otra obra, también nos hará un favor en indicarla y decir dónde la hay, aunque se halle escrita en idioma latino, francés o inglés. Éste es el giro que las advertencias deben tomar, si usted, como asegura, aspira a que sean útiles; porque declamar, adoptando con palabras casi injuriosas como de narraciones casi mezquinas y ridículas, no prueba sino falta de razón en el que así se produce, y poca urbanidad. Aunque jamás he tenido el honor de tratar a usted se me asegura que es hombre de educación; la espero ver en sus escritos.

Por último, en cuanto a las cualidades que usted cree necesarias en el profesor, de manera que si no se encuentran en un mexicano debe

buscarse para el empleo un extranjero, nada diré porque como no pretendo hacer mi panegírico no puedo numerar mis ramos del saber. Pero sí le aseguro que tendría mucho gusto en ver ocupada la silla que ahora ocupo por usted o por otro mexicano o extranjero más capaz que yo de desempeñarla. Debe usted saber que sirvo este cargo gratis, y sin haberlo solicitado, y que no me produce sino trabajo y pérdida de tiempo: pues de uno y otro me cuestan esos extractos, sea cual fuere su mérito y valor; insista usted pues en que se me releve, que hará en ello un favor a la juventud y a su afectísimo servidor que besa su mano.

JOSÉ MARÍA DE LACUNZA

CARTA SEGUNDA (CONDE DE LA CORTINA)

Señor don José María de Lacunza

Muy señor mío: Cuando escribí a los señores editores del *Siglo XIX* la carta que tuvieron la bondad de insertar en su apreciable periódico, hace pocos días, estaba yo persuadido de que en todos los colegios públicos de esta capital (ya que no en todos los de la república) se enseñaba la Historia, pues tal debía ser el resultado de un plan general de estudios decretados por un gobierno: creí, además, que se uniformaría en todos ellos el método de enseñanza y que en todos se establecerían los estudios preparatorios, que tanto usted como yo tenemos por indispensables para *estudiar con fruto* aquella ciencia; pero ha sido grande mi sorpresa al ver por el contenido de la carta con que se ha servido usted honrarme, inserta en el número 808 del mismo *Siglo XIX*; que usted es el único profesor que ha tomado a su cargo la difícil empresa de desempeñar una cátedra de Historia en esta capital; de otro modo no hubiera usted creído que era el designado en mi primera carta pues no había razón para que usted se aplicara exclusivamente ninguna indicación general. Mas ya que esto ha sucedido me veo obligado a desvanecer la opinión que ha formado usted de mí, y asegurarle que si usted me hubiera tratado, vería cuán incapaz soy de haber tenido la menor intención de ofenderle, mucho más no teniendo yo la honra de conocer a usted; ni aun siquiera de vista. Viniendo ahora a lo sustancial de nuestro asunto, empezaré por decir a usted que en mis observaciones no hay tono de magisterio como usted pretende: son la expresión de mis ideas según las concibo; la expresión franca y verdadera de un sentimiento de convicción, manifestado con las mismas palabras que emplearía yo hablando familiar y amistosamente con usted; porque no hay nada más opuesto a mi carácter que la zalamería, ni más difícil para mí que hallar el modo de paliar una verdad, cuando creo conveniente manifestarla desnuda, según el dictamen de mi conciencia. Tal vez consistirá esto en la escasez de mi entendimiento; pero así me hizo la naturaleza y ya no hay remedio. Me ha sucedido en esta ocasión lo mismo al pie de la letra, que allá en tiempos antiguos pronosticaba cierto filólogo a un amigo suyo que

también quiso ser reformador científico. “Has emprendido una carrera (le decía) en la que tendrás que habértelas con personas, para quienes los consejos son agravios, las amonestaciones injurias, los ofrecimientos molestias. Mucho trabajo te espera, porque a hombres de esta naturaleza ofende en gran manera la verdad.”¹

Asienta usted y sostiene que una de mis equivocaciones consiste en creer que en la cátedra que usted desempeña se cursa Historia sin los estudios preparatorios. Hace algunos días me hubiera hecho dudar la aserción de usted, pero hoy quedo plena y enteramente convencido de que usted es el equivocado, y si no, dígame usted ¿dónde está la carta de *rudimentos* de geografía?, ¿dónde la cronología?, ¿quiénes son los profesores? Aseguro a usted que no he podido averiguarlo por más diligencias que he hecho... a no ser que usted crea que hay tales estudios preparatorios por haber tomado usted sobre sí el trabajo (superior a todos los trabajos de Hércules) de explicar a los discípulos, al mismo tiempo que la lección de Historia, lo que es *punto, círculo, elipse, órbita, zodiaco, climas, rotación, eclipsis, planetas, longitud, latitud, zonas ciclo, inclinación, sistemas mitológicos, correspondencias de calendarios, diferencias de años, etcétera*; y en este caso digo a usted que la tal cátedra debe ser, por necesidad, una verdadera Torre de Babel, en la cual no aprenderán los discípulos ni Historia, ni rudimentos de geografía, ni de cronología, ni de nada. ¿Quién enseña en México la geografía mitológica? ¿Quién la geografía antigua? Los rudimentos de geografía y de cronología requieren indispensablemente cátedras especiales por muchas y muy fundadas razones que puedo manifestar a usted cuando guste; y no solamente sabe usted, y sabemos todos, que no hay tales cátedras en México, sino que usted mismo conoció la necesidad de que las haya, cuando dijo en su primer discurso, o primera lección (según la cita que pone usted en su carta), *aunque estos dos estudios* (los de geografía y cronología) se suponen preliminares, etcétera... y más adelante: *esta superficialidad con que se adquiere las nociones en la academia me hace recomendar a los que me escuchan el estudio de ambas fuera de ella*; pero, ¿dónde las han de estudiar, si no hay quien las enseñe fuera de ella? ¿Qué ciencia hay en este mundo que pueda aprenderse sin maestro, sin libros, sin guía y sin ninguna especie de auxilios? Si usted mismo no instruye a sus alumnos en geografía elemental, ¿de qué sirve presentarles el atlas *abierto*?, ¿cómo podrán entender el mapa? Confieso que no lo concibo; pero concibo menos todavía que haya usted podido alegarme como prueba de la

¹ *Tibi certe eum iies erit agendum qui consilium im partem contumeliae; admonitionem pro injuria; oblationem pro incommodo accipere consuescunt: hoc tibi non leve negotium, sic enim natura constitutos admodum veritas ofendere vivetur* (P. Aurel ad Sirmond, epist. 16, tit. 7mo., p. 88).



existencia de aquellos estudios preparatorios, los artículos seis y veinte y siete del plan de estudios; ¡y decir luego que *esto es en cuanto a la teoría!* Como si bastara decretar una cosa para que ésta exista inmediatamente y como si la teoría de los rudimentos de que hablamos consistiera en la palabra de aquellos artículos... Pero dejemos esto en tal estado y tratemos de lo que más importa. Dije en mi carta, y ahora repito y sostengo y me comprometo a probar, si llega el caso, que el autor elegido por usted es malo, porque (entre otras muchas razones) su obra no es más que un extracto muy superficial, o mejor diré, un *semiplagio* de otras dos obras, una de ellas alemana, intitulada: *Manual de la Historia antigua desde la creación del mundo hasta la caída del Imperio Romano*, publicada por J. A. Schnitzler² en Brunswick, el año de 1802, y luego completó Tyeler su plagio con trozos tomados de aquí y de allí, principalmente de las *Tablas sincrónicas* de Hubler, bien conocidas y comunes entre los literatos; pero hizo Tyeler todo esto con tan poca previsión y cautela que copió dos errores graves que existen en *aquellas Tablas* y que corrigió su autor *Hubler* en la segunda edición de ellas publicada en 1804.³ Por lo que hace a la traducción castellana de las lecciones de Tyeler, guardamos silencio, respetando las ciencias del apreciable y malogrado traductor, que ya no puede contestar a lo que yo dijera.

Nunca he asentado, ni sé de dónde haya usted podido deducir que yo califique de *mala* toda obra *pegada*: deseando encarecer mi opinión, respecto a la obra de Tyeler, dije que era una de esas muchas obras que se escriben únicamente *ad panem lucrandum*; esto es, que se escriben no para que sean útiles y provechosas, sino solamente para que *se vendan* y proporcionen a su autor utilidad pecuniaria. En esta clase de obras no se atiende más que al disfraz para engañar a los incautos, por lo mismo cuando no son *malas* son con frecuencia *pésimas*. Esto es lo que se ha entendido siempre por obra de *pane lucrando*, y es lo que yo entendía al escribir esta frase en mi primera carta: nunca me ocurrió dar a entender que Tyeler *había sido pagado*; por consiguiente es inútil cuanto dice usted en su contestación sobre esta materia, y sirve solamente para hacer ver que por ignorar usted el valor de aquella frase quiere que yo haya dicho lo que ni siquiera ha pasado por mi imaginación.

Los que aseguran a usted que *no es verdad* lo que yo digo en cuanto al modo de enseñar la Historia adoptado en Europa, por los profe-

² Schnitzler es un historiador que afecta demasiada filosofía, como la notaron los escritores de su tiempo. Uno de ellos, Renner, le citó el siguiente pasaje de J. J. Rousseau: "Ce ne sont point les philosophes qui connoissent le mieux les hommes; ils ne les voient qu'à travers les préjugés de la philosophie, et je ne sache aucun état où l'on en ait tant. Un sauvage nous juge peut-être plus sainement que ne fait un philosophe."

³ La primera edición de las tablas es de 1799.

sores de alguna reputación, no deben de haber gastado mucho tiempo en asistir a aquellas lecciones. Yo, por mi parte, vuelvo a decir a usted, a pesar del testimonio de esos *aseguradores*, que los señores *Victor Cousin* y *A. Heeren* (cuyos cursos tengo la honra de haber seguido en toda su extensión aunque con poco aprovechamiento) amenizaban y enriquecían sus lecciones de un modo admirable. Aun conservo tres preciosísimas medallas que tuvo la bondad de regalarme *Mr. Heeren*, después de haberse servido de ellas en la cátedra para probar uno de los hechos históricos que refería: siempre que le era posible mostraba a sus discípulos copias de inscripciones lapidarias, de monumentos antiguos, etcétera, y más de una vez nos condujo a las bibliotecas públicas y a otras de varias personas particulares para que consultáramos nosotros mismos los códices originales que veíamos citados en las obras de los historiadores modernos. Esto es público y notorio, y no faltan paisanos de usted y míos que lo han visto con sus propios ojos.

Entremos ahora en el examen del método de enseñanza, sobre el cual tiene usted la bondad de pedirme mi parecer; pero debo suplicar a usted de antemano que, en lo que voy a decir, no vea usted ningún deseo de ostentar erudición: no ciertamente. Pues que dirijo mi voz a un profesor de Historia, esto es, de una ciencia que supone conocimientos nada vulgares, y pues que vamos a tratar de materias científicas, distintos deben ser nuestros lenguajes, nuestros argumentos, nuestras pruebas y nuestras citas y ejemplos de los que usaríamos en cualquier otra circunstancia. No iré haciendo observaciones a cada una de las partes que contiene el párrafo de usted, quiero limitarme, en obsequio de la brevedad, a manifestar en globo mi opinión, o por mejor decir, no mi opinión particular, sino el resultado de mi propia y trabajosa experiencia.

Usted, según veo, ha empezado su curso (y creo que con acierto) por la Historia antigua; he aquí, pues, el caso en que se hace más indispensable dar a los discípulos ideas preventivas de muchas cosas que necesitan saber para que adquieran la idea cierta y precisa de lo que van a estudiar. Primeramente, deben adquirir una noticia, aunque sea muy ligera, de los autores que han escrito la Historia antigua, no tanto sus vidas, cuanto de su carácter como historiadores, porque de este conocimiento dependerá el ejercicio de la crítica, y la distinción de objeto y de utilidad, que naturalmente irán haciendo por sí solos los discípulos a medida que vayan conociendo las fuentes de donde se han tomado las doctrinas que se les dan; por ejemplo, debe indicárseles que la obra más antigua que nos han transmitido los griegos, escrita en forma de historia, es la de Herodoto, llamado por esto el *Padre de la Historia*; que a él somos deudores de lo poco que sabemos de las antiguas dinastías de los medos, de los persas, de los lidios, de los griegos, de los



egipcios y los escitas; pero que al mismo tiempo debemos recordar que los historiadores griegos fueron inclinados a la fábula y a lo maravilloso. Deben saber los discípulos que *Tucidides* empleó veinte años en escribir su *Historia*; que merece más fe que *Herodoto* y que, aunque siempre austero y preciso, supo embellecer su obra con graciosas pinturas, que *Tucidides* es recomendable por su precisión y *Herodoto* por su claridad. Deben saber los discípulos que *Xenofonte* fue el historiador de sus propias hazañas; y que su narración es tan clara como agradable; que *Tácito* es el escritor que mejor ha pintado los vicios y los crímenes, y que ha sabido inspirar mayor respeto hacia la virtud desgraciada, etcétera, etcétera. A estos ligerísimos conocimientos de los nombres siquiera y del carácter de los historiadores más principales, debe seguir una instrucción, aunque sea igualmente ligera, de la tradición y de los monumentos que sirven de fundamento a la Historia; y por último, que deben aprender los discípulos las definiciones a lo menos de muchas voces que se emplean en la Historia y que no pueden aquellos hallar en el diccionario de la lengua castellana, porque como usted sabe muy bien, señor Lacunza, los diccionarios puramente léxicos no dan más que las definiciones necesarias para el uso social: pero no según la tecnología de las ciencias que es la que debe buscar y emplear el que se dedica a estudiar cualquiera de éstas; por ejemplo, el diccionario de la lengua castellana, define la *gramática* diciendo *que es el arte de hablar bien, y escribir correctamente*; en filosofía se define diciendo *que es el desarrollo de las reglas que necesita observar el hombre para pintar sus ideas conforme a un modelo y de un modo inteligible*. El mismo diccionario dice que *tiempo es la medida de la duración de las cosas*; la Historia, según su tecnología, determina más esta definición, y dice *que tiempo es el modo de la duración determinada por ciertas medidas, y principalmente por el movimiento, y por la revolución aparente del sol*. Ahora bien: ¿Han adquirido los discípulos estos conocimientos preliminares en la cátedra de usted? ¿Se hallan aquéllos en estado de distinguir cuáles hechos de los que han oído referir en la lección deben servirles de puntos de apoyo por ser de importancia general y estar plenamente probados? ¿Pueden decir cuáles son los principales acontecimientos dudosos o inciertos? ¿Hay alguno de los discípulos de usted que pueda fijar el año de la fundación de Roma, *v. g.*? ¿Han oído éstos siquiera hablar de la divergencia de opiniones que se nota acerca de este hecho? ¿Conocen a lo menos los nombres de los historiadores que difieren? ¿Saben ya que hubo en nuestros días un sabio francés llamado *Champollion* que ha causado una revolución en la Historia, aclarando una infinidad de puntos históricos que hasta entonces habían parecido dudosos, y desmintiendo otros muchos que pasaban por indudables?

¿O están condenados los discípulos a creer lo que se les dice solamente porque así lo dice el profesor, o porque así lo refiere *Tyler*?

Sigue usted diciendo que el discípulo repite la lección, consultando al mismo tiempo el mapa correspondiente a ella; pero: ¿Dónde aprendió el discípulo a entender el mapa y principalmente el mapa de geografía antigua? ¿Cuenta usted ya con algún discípulo que se encuentre en estado de determinar en el mapa siquiera la situación respectiva de los pueblos de la Italia en la época de la fundación de Roma? Pues no digo nada, si tratáramos de los pueblos de la Escitia, de la Persia, del Egipto, etcétera, que tanto papel hacen en la Historia antigua; y mucho más, si entráramos en el *maremagnum* de la geografía mitológica. ¿Aprenden también los discípulos de usted los *rudimentos* indispensables de esta ciencia? ¿También tienen mapas y atlas de ella? ¿Hay algunos de estos mismos discípulos que estén ya en estado de indicar en el mapa más sencillo la situación de la *Táurida* de los poetas y diferenciarla de la *Táurida* verdadera?⁴

Ahorremos tiempo y palabras, señor Lacunza, y convengamos que es un error creer que hay en el mundo un hombre que enseña en el mundo *Historia universal*, ni ninguna ciencia; al que lo diga, contéstele usted que éstos son cuentos. Lo que puede y debe hacer es poner al discípulo en estado de poder estudiarla por sí solo y aprender algo de ella, a fuerza de tiempo y de trabajo, y para esto, ciñéndonos ahora a la Historia, debe el profesor dedicarse a dar a los discípulos en un principio, no tanto la relación general y minuciosa de toda especie de hechos, cuanto los datos más ciertos e importantes, y de influencia más general, para que puedan aquéllos dirigirse por un camino seguro y con apoyos incontestables. La relación de los pormenores y de los hechos secundarios, no debe ser en boca de un profesor más que el medio de que se valga después para unir cronológicamente y corroborar los grandes acontecimientos que sirven de límites a cada grande periodo. En estos acontecimientos y en estas grandes divisiones es donde debe el profesor emplear y agotar todos los recursos de su erudición, de su entendimiento y de su ingenio, para dejar a los discípulos plenamente convencidos de la importancia de aquellos acontecimientos y de las razones que hay para tomarlos por puntos de apoyo. Entonces vienen bien y son necesarias las *explanaciones filosóficas*, de que habla usted en su carta, y las reflexiones, observaciones, advertencias y deducciones de toda especie. Entonces conviene y es necesario

⁴ He citado la *Táurida* porque es uno de los puntos que, a fuerza de controversias, disputas e investigaciones, ha quedado mejor determinado en la geografía verdadera que es, por consiguiente, muy fácil hallarlo en cualquier mapa.



apelar al mapa y deducir consecuencias y pruebas hasta de la naturaleza y conformación del terreno del país de cada pueblo. Entonces es una obligación del profesor *probar* cuanto diga, por cuantos medios le sean posibles, sin contentarse con presentar los hechos y las pruebas de un modo común y rutinario, sino vistiéndolos con cierta novedad, adecuada a las circunstancias de los discípulos, de tal modo que obren en el entendimiento y en la imaginación de éstos, más bien que en la memoria; y ésta es doctrina general de todos los sabios que han tratado esta materia.⁵ Para el estudio de los grandes periodos en que se divide la Historia no basta un solo autor, sea el que fuere, y mucho menos un autor oscuro y adocenado como es el que usted ha elegido y defiende; es necesario adoptar el que mejor haya tratado la *Historia particular* de cada uno de ellos, y al profesor toca arreglar el texto de las lecciones extractándolas o extendiéndolas según convenga: después, ya puede poner sin riesgo en manos de los discípulos una *Historia universal*, cuya buena elección depende del recto discernimiento y del buen gusto del mismo profesor. ¿Se procede así en la cátedra que usted desempeña?... Y pues que ahora es muy oportuna la ocasión, y usted me excita a que le indique las obras que parezcan mejores para el estudio de la Historia, tengo la satisfacción de decir a usted, según la opinión de personas que saben más que yo, que las mejores obras para el estudio de la Historia antigua son las siguientes: ⁶

⁵ *Non in paucis sedere, sed ad magnas res studium afferre, et ad novitatem animum adducere primae oportet, ut non solum memoria res actas retinere, sed intellectum quoque conficere sit facilius: itaque de magnis et extremis diu longaeque cogitandum easque probationibus documentisque planas faciendum, si vis summo studio et ad utilitatem perductum esse* [conviene primeramente no quedarse en las cosas pequeñas, sino dirigir el estudio a grandes empresas y conducir el ánimo a la novedad (búsqueda de lo nuevo), de manera que sea más fácil no sólo retener en la memoria los hechos (cosas realizadas), sino también aplicar a ello el entendimiento: por tanto debe meditarse larga y extensamente acerca de las cosas grandes y decisivas (definitivas) y hacerlas patentes con pruebas y documentos si quieres que con sumo esfuerzo se alcance una vez la utilidad (editor)].

Mataeus Raderus, *in hist. bibliot.*, edit. Lugd., t. 6, p. 107: (Quid mihi si nihil novi ad mentis perfectionem ostendis?) (Quid si nihil experiris?), etcétera. [¿Qué pasará si nada nuevo me muestras para la perfección de la mente? ¿Qué, si nada experimentas? (editor).] *Eutrop. Praelect. histor.*, 12 edit., Atuerp, p. 261.

“*Frustra magnum expectatur augmentum in scientiis ex super inductione et insitione novorum super vetera; sed instauratis facienda est ab imis fundamentis, nisi libeat perpetuo circumvolvi in orbem cum exili quasi contemnendo progressu*” [sería vano esperar un gran progreso en las ciencias por acumulación e injerto de lo nuevo en lo viejo; es preciso recomenzar el edificio desde lo más profundo de sus cimientos si no queremos estar dando vueltas sin fin en un círculo cerrado, con progreso exiguo y casi desdeñable (editor)].

(Bacon, *Nov. Org. Aphor.*, 31).

⁶ Debo advertir a usted que las naciones que más adelantadas de la ciencia de la historia y que, por consiguiente, cuentan en mayor número mejores historiadores son las de Alemania y la de Inglaterra.

Historias de periodos particulares

Orbis Antiqui Monumentis Suis Illustrati Prima Linea, Argentorati, 1790.

Manual de la historia general, de los pueblos de la antigüedad, desde el principio de los estados hasta el fin de la República Romana (en alemán), por N. D. G. J. Hubler, impresión de Freiberg, año de 1798.

Historia de los romanos (bajo la dominación de los emperadores), y de los pueblos contemporáneos hasta la grande migración de los pueblos del norte (esta obra es continuación de la anterior), 1803.

Manual de la historia antigua (con un compendio de la cosmología de los antiguos) (en alemán), por G. G. Bredow, impreso en Altona, 1799.

Mémoires sur diverses antiquités de la Perse, par de Sacy, París, 1793.

De l'origine des lois, des arts, des sciences, et de leurs progrès chez les anciennes peuples, par Goguet, París (la sexta edición es la mejor), 1820.

Ideas sobre la política, las relaciones y el comercio de los pueblos antiguos (en alemán), por A. H. L. Heeren, impreso en Gotinga, 1805.

Histoire ancienne des Égyptiens, des Cartaginois, des Assyriens, des Medes, des Perses, des Macedoniens, des Grecs, etcétera, par Rollin, París, 1740, seis volúmenes.

Historias generales

Historia general del mundo (en inglés), publicada en Inglaterra por una sociedad de sabios, con notas de Siegm. Jac. Baumgarten (alemán), impreso en Halle, 1746. (Las dieciocho partes primeras contienen la Historia antigua.)

Historia general del mundo, desde la creación hasta el tiempo presente (en inglés), por Will Guthrie, J. Grey, etcétera. Añadida por el historiador alemán Ch. G. Heine, cuya serie cronológica de épocas es preciosísima, Impreso en Leipzig, 1766.

Instrucción sucinta para el conocimiento de la historia general del universo y de diversos pueblos (en alemán), por Chr. Dan Beck, impreso en Leipzig, 1798 (obra de riquísima literatura).



Tablas sincronísticas para la historia de los pueblos (en alemán), por D. G. J. Hubler, 1804.

Geografía antigua, mitológica y verdadera.

Christoph. Celaru notitia orbis antiqui, cum observat., J. C. Schwartzu, Lips., 1773.

Recherches sur la géographie des anciennes, par Gosselin, Paris.

Geographical System of Herodotus, by J. Rennel, London, 1800.

Géographie des Grecs analysée, por Rosselin, Paris, 1790.

Géographie des Grecs et des Romains (editado en Alemania, en francés), por K. Mannert, Nüremberg, 1788, Paris, 1802.

Manuel de géographie ancienne de Danville, nouvellement retravaillé, par Hummel, Brunz, Stroth, Juren & Co., Nüremberg, 1781 (obra preciosísima para cuya inteligencia y uso práctico se necesita el atlas siguiente).

Atlas orbis antiqui (anónimo, en doce mapas en gran folio), de éste hay dos ediciones igualmente buenas.

Cronología

Compendio de cronología, por J. C. Gatterer (en alemán), Gotinga, 1777.

Investigaciones históricas sobre las observaciones astronómicas de los antiguos (en alemán), por L. Ideler, Berlín, 1806.

Chronologie d' Hérodote conforme à son texte, par C. F. Volney, Paris, 1826.

Science de l'Histoire, contenant le système general des connaissances à acquerir, avant d'étudier l'Histoire..., développé par tableaux synoptiques..., par P. N. Chantreau, professeur d'Histoire, Paris, an 11, 1803.

Estas obras aunque muy claras, metódicas y fáciles, no son para los discípulos que empiezan, sino para el profesor, y no crea usted que me he limitado a tomar de algún catálogo los títulos de ellas, sino de las mismas ediciones que poseo, y de mis apuntes y notas particulares; habiendo tenido el cuidado de indicar a usted las obras que completan, aclaran, o extienden mutuamente sus doctrinas. En esta noticia no

he hecho mención de las historias originales de los autores griegos y latinos, por creerlo superfluo, pues usted sabe mejor que yo de que por ellas debe comenzar el estudio serio de la Historia y la instrucción del profesor. He aquí lo que decía yo en mi letra carta:

Si el gobierno quisiera destinar una cantidad de dinero por una sola vez para la adquisición de estas obras a lo menos aquellas que son sin disputa las mejores y más necesarias, no creo que el importe de todas ellas llegara a mil pesos, y usted señor Lacunza, y cualquier otro profesor, haría progresos palpables en la enseñanza de la Historia aun en los solos diez meses que señala para este estudio el plan general.

Por lo que hace a las cualidades que debe tener el profesor de Historia (pues que toca usted este punto en el último párrafo de su contestación), repito lo mismo que dije en mi primera carta y me ratifico en ello: si el profesor no las tiene, *no sirve* para profesor de Historia, aunque sea muy bueno para otras cosas. Hablé en general, sin aludir a persona alguna determinada, mucho menos a usted, pues ni tengo la honra de conocerlo ni sabía yo entonces que fuera catedrático de Historia.

Finalmente, me aconseja usted en el último párrafo de su carta que insista yo en que se le releve de su cátedra, y como insistir supone (en buen castellano) haber intentado o pretendido con anterioridad, debo decir a usted que nunca he intentado ni intentaré (a no ser que pierda el juicio) que usted deje de ser catedrático; además de que desempeñando usted la cátedra gratis, según dice, creo depende solamente de usted dejarla cuando guste, sin aguardar a que se la quiten o conservarla sin temor de que nadie la codicie. El trabajo y la pérdida de tiempo que ocasiona a usted el desempeño de la cátedra será si usted quiere un mérito particular que usted contrae y que debe hacerlo más apreciable en la sociedad; pero no hará que deje de ser cierto, ciertísimo, todo lo que yo digo en esta carta, y todo lo que yo dije en la anterior, lo cual fue causa de que se haya visto honrado con la contestación de usted éste, su afectísimo servidor que besa su mano.

J. GÓMEZ DE LA CORTINA
México, 23 de febrero de 1844
Siglo XIX

RÉPLICA SEGUNDA (PROFESOR LACUNZA)

Señor don José Gómez de la Cortina. Marzo primero de 1844

Muy señor mío: Por la carta de usted inserta en *El Siglo* del 28 del pasado, he visto que su ánimo no fue ofenderme directamente, lo que me complace mucho, pues aunque sólo conocía a usted por sus obras, no era para mí lisonjero ser objeto de sus ataques en lo personal; aunque esto no lo creí, atendida la misma razón de que yo no tenía el honor de que usted me conociera.

Se equivoca usted al creer que soy el único que enseña Historia, pues en todos los colegios de esta ciudad se enseña, y si yo entendí que usted hablaba de mí, fue porque usted hablaba de discursos y de enseñanzas por Tyeler, y esto yo lo hago. No recibo los consejos como agravios; pero gusto oírlos en el estilo decente y de urbanidad, como el que usted se sirve usar (por lo tanto le doy las gracias) en su apreciable a que tengo el honor de responder.

El primer punto de la carta de usted, tocante al fondo del negocio, consiste en preguntar: ¿dónde está la cátedra de rudimentos de geografía?, ¿dónde la de cronología?, ¿quiénes son los profesores? Respondo directamente. La cátedra de rudimentos de geografía y cronología está en San Juan de Letrán, y el profesor es el señor don Joaquín Navarro; de los demás colegios ignoro el nombre de los profesores, pero creo que los habrá. Cuando usted guste puede concurrir a la tal cátedra donde ahora está explicando la geografía. No conté sólo con el artículo del plan sino con su ejecución.

Pero dirá usted: esa cátedra, aun suponiéndola ahora no existía antes, y por consiguiente los discípulos actuales no saben lo que es punto, círculo, elipse, órbita, etcétera. Respondo: los más de los discípulos han hecho cursos de filosofía en los que han aprendido aun los enseñados por el padre Jacquier, lo que son todas esas cosas, al menos las más esenciales; así no es necesario convertir en Torre de Babel la Academia para enseñarlas, sino que teniendo ya todas esas ideas, basta que teniendo un mapa adelante se les diga que una ciudad se halla al grado tantos de longitud oriental y occidental, y de latitud septentrional o meridional, y al momento la encuentran: y para que usted no me crea

sobre mi palabra, puede usted venir el día que guste, y a su presencia, designando usted mismo una ciudad, hará prueba de esta verdad.

Pasemos al autor: de la traducción ya no se hable, pues como dice usted, está muerto el traductor, y usted no quiere atacarlo, enhorabuena; en tal caso no hay para qué yo haga otra defensa que repetir que no creo mala la traducción. Usted se ofrece a probar que el autor es malo: una oferta no es una prueba.

La única razón que usted da por ahora es que ha plagiado a los autores que usted nombra: yo no conozco esos autores para poder conceder o negar que Tyeler los plagió; pero ahora lo supongo porque usted lo dice: no puede su argumento de usted hallarse en una situación más ventajosa.

Pues todavía no se sigue de aquí que la obra sea mala: el que una obra literaria sea plagio no prueba jamás que la obra en sí misma sea mala o poco útil; probará poco ingenio o mucha malicia del autor del plagio, pero nada contra la obra misma. Supongamos que yo tomase todo o parte de un soneto de Lope o Argensola; podría decirse que yo procedía mal al apropiarme el cuento y trabajo ajeno, pero que la verdad fuese mala en sí misma, de ningún modo; la idea de plagio se forma únicamente de este elemento: tomar pensamiento u obra ajena; pero en ella no entra lo de que lo tomado sea malo, al contrario, lo que se plagia es generalmente lo bueno como el ladrón procura tomar alhajas y no basura.

Y si esto es cierto, generalmente hablando, lo es mucho más en Historia: cuando el autor no es contemporáneo de los sucesos tiene por necesidad para referirlos, que plagiar a otros, y copiar muchas veces. ¿Qué pareciera a usted y a todo hombre sensato una Historia del rey Pelayo, que no hubiese copiado yo de autor alguno sino enteramente inventado en mi cabeza? ¿Sería historia o novela? En este ramo el plagiar o el copiar de éste o del otro autor, un trozo de tal documento, otro de tal otro, no sólo no es malo, sino que es el modo recto y sólido de escribir: para que si de un hecho tal como yo lo refiero se me niega o alguno me pide la prueba, pueda manifestarle el autor fidedigno o el monumento histórico que lo confirma, y si en él se encuentra no sólo el mismo hecho, sino contado en la misma forma que yo lo cuento, es cuanto puedo desear para mí.

Pero añada usted que plagió con tan poca cautela que copió dos errores graves que se hallaban en el original y después se enmendaron: yo esperaba que usted designase los errores; habríamos visto si se podía defender nuestra obra o no; pero no llevó usted su bondad a tanto; empero supongamos que realmente contiene dos errores la obra de Tyeler. ¿Y por dos errores cree usted que puede calificarse de mala



a una obra como un compendio de Historia universal? Si en esto habíamos de venir a quedar, en que dos errores son el defecto de esta obra, no merece eso otra cosa, que el que se indicaran y se corrigieran por una enmendadura manuscrita. ¿Qué obra llamará usted buena si dos errores bastan a calificarla de mala? Ciertamente en cualquier pliego de periódico se encontrarían.

Reuniendo lo dicho sobre este punto, el plagio en la Historia no es directo; si lo fuera sería una imputación personal al escritor y no a la obra, y salvada la bondad de ésta, queda salvada de la elección para la enseñanza; y el que un libro contenga dos errores, no prueba que sea malo. Todo esto difiriendo enteramente a la palabra de usted sobre los hechos.

Con respecto a la frase de *pane lucrandum*, suplico a usted vuelva a leer lo que le dije en mi carta y verá cómo entendí el sentido que ahora le da usted, a saber: que Tyeler hubiese escrito para vender su obra y ganar con ella; y aun en este sentido lo expresé y ahora lo repito, que no hay conexión entre estas dos ideas: una obra se hace para que se venda y ganar en ella; esta obra es mala; la segunda no se deduce de la primera; y aun más bien se deduce la contraria: esta obra es buena, porque si fuera mala le sucedería lo que a la comedia nueva que no se vendería; porque para que la especulación se logre en este ramo es menester obtener buen recibimiento del público que generalmente es justo.

Es inútil que usted me repita que es verdad lo que dije sobre el método de dar las lecciones ciertos profesores en Europa; yo lo creí desde que lo afirmó la primera vez, y le repito que esto sólo prueba que unos lo harán de un modo y otros de otro, en lo que parece convenir usted mismo, al limitarse ya a los más acreditados.

Vamos al método: aprueba usted que haya comenzado por la Historia antigua, la aprobación de usted me lisonjea. Deben conocer los discípulos siquiera los nombres de los principales historiadores antiguos, y sus cualidades como escritores; dice usted muy bien y sólo diferimos, en que me parece que usted desea que los conozcan con anterioridad al estudio de la Historia, y yo creo que basta, es mejor, que los conozcan luego que hayan estudiado la Historia antigua. Daré a usted mi razón: el mejor modo de conocer a un autor es saber la materia sobre que escribió: en los historiadores la Historia; tales suele haber que han escrito sobre diferentes periodos, y que en ellos no tienen las mismas circunstancias: sirva de ejemplo uno de los que usted cita, Xenofonte; éste, entre otras cosas, escribió *La retirada de los diez mil* y *La Historia de Ciro el Grande*, en la primera es sin duda, como usted dice, el historiador de sus propias hazañas; pero en la segunda

no es así, porque escribe sobre un periodo en que él no existía. En la primera tiene las ventajas e inconvenientes de quien habla de sí propio, a saber: instrucción, pero parcialidad presunta; en el segundo las ventajas e inconvenientes de quien habla de hechos muy remotos; imparcialidad tal vez, pero haber recibido las narraciones de segunda mano. Si se enseña al discípulo quién era el escritor, al mismo tiempo o poco después que se le haya instruido en estos dos periodos, la idea que forme del escritor y de la obra será mucho más exacta, que si se le habla del autor antes de que pueda distinguir a Ciro el mayor del menor. Hay más: el nombre solo de un autor de esos y la lista de sus obras no entendidas apenas presenta interés, y excita poco la curiosidad del alumno; mas después que éste ha sabido hazañas, héroes, acontecimientos que le han agradao y divertido cuanto se refiere a esto pica su curiosidad, y ésta es uno de los mayores auxiliares del profesor en la enseñanza. Creo, pues, que deben los jóvenes conocer a los autores; pero al mismo tiempo, o inmediatamente después que aprendan el periodo histórico. Ahora me pregunta usted: ¿y mis discípulos tienen este conocimiento? Respondo: sí señor porque el Tyeler se los da en una lección exprofeso: léala usted, es la final de la Historia antigua.

Respecto de la instrucción en definiciones y monumentos, he procurado dar alguna, aunque bien ligera tal como la pueden recibir los jóvenes; y es, ésta, oportunidad de manifestar a usted que me ha servido mucho para este objeto la *Cartilla* que usted publicó. Me hace usted varias preguntas sobre ciertos hechos particulares; y yo, según mi costumbre, las voy a responder a usted categóricamente: ¿Hay alguno de mis discípulos, dice usted, que pueda fijar el año de las fundaciones de Roma, *v. g.*? Respondo: como una era convencional en la Historia, sí; como una verdad histórica de la fundación, no; pero en este punto ni usted mismo ni los más sabios historiadores actuales pueden hacer otra cosa que conjeturas. Esto lo sabe usted mejor que yo. Continúa usted ¿Han oído (los discípulos), siquiera hablar de la divergencia de opiniones que se nota acerca de este hecho? ¿Conocen a lo menos los nombres de los historiadores que difieren? Respondo: sí. Han oído hablar de la divergencia de opiniones, y si no conocen los nombres de todos los historiadores que difieren, saben, lo que es mucho más útil, alguna de las principales razones en que se fundan. Continúa usted: ¿saben ya que hubo en nuestros días un sabio francés, Champollion, que ha causado una revolución en la ciencia, etcétera? Respondo: sí señor; sí lo saben. Tyeler no lo sabía porque escribió antes de los descubrimientos; pero uno de esos discursos, que a usted le parecen tan inútiles, sirvió para dar ese conocimiento que usted ahora fija como esencial: es el de Egipto, y está publicado ya.



Volvamos a la dificultad, que usted supone insuperable, del manejo de los mapas: yo vuelvo a repetir que la mayoría de mis discípulos han seguido en los colegios lo que se llama un curso de filosofía, que en los peores de éstos han consagrado dos años a estudiar matemáticas y física, donde han adquirido ideas generales de lo que es círculo, grado, trópico, ecuador, polo, globo, etcétera; que con muy poca práctica, todas estas ideas se aplican a un mapa, y el que el hábito de hacerlo a presencia y en unión del profesor los pone al corriente de este manejo. No serán los discípulos capaces, si usted los para o sitúa en un llano, de designar ahí por operaciones facultativas la longitud o latitud del paraje; pero lo son indudablemente de designar con un mapa abierto, cuáles son los que tienen en un punto dado; o al contrario, al designar este punto si se les dan los datos.

Pero dice usted: ¿y cómo se aplicará esto a la geografía antigua? Usted no puede ignorar, señor Cortina, que los mejores atlas modernos contienen mapas duplicados, a saber: mapa antiguo y mapa moderno; algunas veces más que duplicados, de varias épocas distintas. Tenemos algunos de estos atlas y los usamos. Mentaré a usted dos por ahora: el de Malte-Brun y el del Consejo de Instrucción Pública de Francia, publicado en 1883. Ahora bien, abierto el atlas en el mapa antiguo no es más difícil señalar a Lusitania que a Portugal, a Sagunto que a Murviedro. Pregunta usted ¿si hay alguno de mis discípulos capaz de determinar la posición de los pueblos de Italia a tiempo de la fundación de Roma? Respondo: de memoria no pero todos ellos saben que no los han de buscar en los mapas de geografía moderna, porque muchos de esos pueblos, o han desaparecido totalmente, o han mudado de nombre; mas con un mapa abierto de Italia antigua de los que he designado a usted, por ejemplo, o de los de Anville, la cosa apenas presenta dificultad. Por lo que hace a la geografía mitológica, confieso a usted que la he omitido, no porque ignorara su existencia, sino porque he creído poder aprovechar más útilmente el precioso tiempo de la juventud.

Dice usted que ningún hombre ha enseñado ninguna ciencia, que ésta la adquiere cada uno con su estudio particular, y que al profesor solamente le toca enseñar los medios de adquirirla. Estamos perfectamente de acuerdo; pero esto es precisamente lo que comprueba la bondad del autor y del método adoptado. Si yo le hubiera dicho a usted que pretendía sacar al fin de mi curso jóvenes que no tuvieran más que aprender en la Historia, habría dicho una locura; pero no me recuerda mi conciencia por tal cosa: se trata solamente de mostrar a los jóvenes, que aquí hay un campo abierto que fecundar: se trata de arrojar en él algunas semillas, y esto indudablemente se hace con una obra

fundamental y el método adoptado, semillas que el cultivo posterior fecundará y cuyos frutos parciales recogerá el que trabaje.

Me dice usted, señor Cortina, que cada periodo o cada nación necesita estudiar tal vez un autor diferente. Esto es verdadero respecto del profesor y lo es también respecto de los alumnos cuando quieran perfeccionarse o adquirir la ciencia; pero pues usted conviene en que esto por ahora no es posible ni racional el pretenderlo, en que sólo debe tratarse de dar rudimentos, ¿cree usted que sería prudente que yo adoptase el método de variar autores cada semana y obligase a mis discípulos a que compraran una obra cada sábado? ¿A jóvenes escasos, generalmente hablando, de proporciones, que han tenido que arrancar un pedazo de pan de la boca, para comprar el abreviado y barato autor que estudiamos?

Aun cuando fuese posible proporcionarse las obras, ¿cree usted que sacaría algún fruto de hacer leer, si se pudiesen leer, ciento o doscientos volúmenes en diez meses? Suplico a usted piense bien todo esto, porque le hago el favor de creer que es bastante sano su juicio para no insistir en que un curso elemental, tal como el que yo doy, se estudie cada Historia por diferente autor.¹

Paso ya a la última parte de la carta con que usted me favorece, a saber: la en que designa las obras útiles, cuya instrucción se dirige particularmente al profesor, es decir, por ahora a su servidor de usted. Muchas de las obras que usted designa me eran conocidas: algunas poseo yo mismo, otras me las han franqueado el favor de los amigos o las he encontrado en la librería de este colegio: otras, sin embargo, me cogen enteramente de nuevo, y doy a usted sinceramente las gracias por la indicación que ha tenido la bondad de hacerme de ellas, protestándole que las solicitaré, y si lograra proporcionármelas, procuraré aprovechar su lectura; pero no puedo omitir el decirle, sin que esto disminuya mi reconocimiento, que no eran éstas las obras por que yo le preguntaba, y por consiguiente usted no ha respondido a mi pregunta. Si mal no me acuerdo habló usted de obras que pudieran adoptarse para la enseñanza, y que en manos de un profesor hábil quedaran al mismo tiempo traducidas, entendidas y aprendidas. Entre las que usted designa hay una que comprende más de 40 tomos en cuarto mayor y muy gruesas, ¿podrá aplicarse a ésta lo que usted dice? ¿Y usted, que no se conforma con una sola? Vuelvo, pues, a importunar a usted que me designe una elemental aunque esté en idioma extranjero, entonces sí me hará usted un bien. No crea usted que estoy

⁹ En cuanto a que el profesor forme un texto tomando de diversos autores, esto es puntualmente lo que hago o pretendo hacer con los discursos.



absolutamente obstinado en enseñar por Tyeler; luego que encuentre otro mejor para la enseñanza me verá usted adoptarlo.

De todas maneras como nuestra discusión ha tomado ya un giro que podrá ser verdaderamente útil a la enseñanza de esta ciencia, como yo no puedo menos de esperar gran provecho de las luces de usted, le suplico no la abandone y que verbalmente o por escrito, aunque sea en público, nos ilustre con sus consejos que siempre serán bien recibidos. Será menor para mí la mortificación de confesar en público que tengo algo que reformar que el placer que me cause un adelanto mayor de la juventud. Con este motivo me ofrezco de nuevo a la disposición de usted como su afectísimo servidor que besa su mano,

JOSÉ MARÍA DE LACUNZA
3 de marzo de 1884

CARTA TERCERA (CONDE DE LA CORTINA)

Señor don José María de Lacunza

Muy apreciable señor mío. Por el contenido de la carta con que tuvo usted la bondad de favorecerme, publicada en *El Siglo Diez y Nueve*, del 3 del corriente, veo que no me expliqué bien en mis cartas anteriores, puesto que la desgracia ha hecho que usted no me haya entendido. Cuando sentí por principio la necesidad que había de que los alumnos que se dedican al estudio de la Historia aprendiesen preventivamente algunas definiciones, no había yo olvidado las del padre Jacquier que usted cita; antes bien por tenerlas muy presentes, y considerarlas tan buenas como su filosofía, recomendé otras distintas que sean más conformes con las ideas que hoy tenemos de las ciencias. Por esta razón puse a usted como ejemplo las definiciones de las voces gramática y tiempo; ambas definiciones se encuentran en el diccionario de la lengua castellana y ninguna de ellas sirve para el estudio (esto es, el estudio verdadero) de la gramática, ni de la cronología. Por lo mismo no le extrañará que insista yo en las que se aprenden en el curso de filosofía del padre Jacquier. Si los discípulos se ven precisados a recurrir a éste, debemos confesar que es un triste recurso.

No sé de dónde haya usted podido inferir que yo tomo las ofertas por pruebas: nunca intenté probar en mi última carta que el autor elegido por usted es malo, porque no era aquel lugar a propósito para detenerme a exponer pruebas difusas: únicamente dije que me comprometía a probar; por consiguiente estamos de acuerdo en que yo no he probado todavía; demasiado lo sé; pero vuelvo a prometer que probaré cuando llegue el caso de hacerlo. Respecto de las expresiones que me cita usted como única prueba alegada por mí, veo que altera usted totalmente los términos de mi idea: lo que yo le digo en mi carta es porque entre muchas razones su obra no es más que un extracto muy superficial, o mejor diré, un semiplagio de otras dos obras. Ya ve usted que mi proposición absoluta se reduce a asentar que la obra de que hablamos es un extracto muy superficial (y ésta como una de otras muchas razones), y para dar mayor fuerza a mi aserción añadido: mejor diré, un semiplagio: no califico a la obra de plagio, sino de semiplagio,

el cual consta de parte propia, y de parte robada, pudiendo suceder muy bien que la primera haga desaparecer el mérito de la segunda. A esto se agrega que puede ser detestable un plagio aunque la producción robada sea excelente; por ejemplo refiriéndome a cualquiera de los mismos autores de que habla usted, si yo quisiera dar al público como míos unos cuantos versos de Lope de Vega, y la torpeza de mi entendimiento me indujera a unir el primer verso de una canción al vigésimo de un soneto y estos dos al tercero de una oda de asuntos diferentes e inconexos, etcétera, resultaría un verdadero plagio horrendo de obras excelentes, sería un baturrillo poco más o menos por este estilo.

Serrana hermosa que de nieve helada
ni brama si le quitan sus novillos,
considera la pena de perderte
África, Italia, Flandes y Alemania;
y junto al muro, de su campo enmedio
no he menester que más me certifique
de la grandeza de su pecho altivo:
si el rubio sol en Aries reverbera,
en una de Fregar cayó caldera.

Si yo pretendiera hacer creer que estos versos de Lope eran míos, y presentara el monstruoso conjunto de ellos como una composición de mi propio ingenio, sería éste un plagio muy malo, de obras muy buenas. ¿Qué se deduce de todo esto? Que hasta para ser buen plagiario se necesita instrucción, discernimiento y buen gusto, porque la bondad o maldad intrínsecas del plagio no consisten en hacerlo, sino en el modo de hacerlo, y que el plagio en Historia puede ser defecto muy grande, si el plagiario no ha sabido robar. Sin embargo, vuelvo a mi principio; yo no dije que la obra de Tyeler era un plagio absoluto, sino semiplagio, el cual es infinitamente más susceptible de errores y defectos.

Pero debemos advertir que nuestra cuestión degenera y va pareciendo de verdadera inutilidad. Vamos pues a la sustancia.

Si los discípulos de usted tienen el *Atlas* de Malte-Brun, y lo entienden, excusado que consulten el de D'Anville, porque aquel autor corrigió los defectos y suplió las omisiones de éste, como puede ver usted en la introducción que con el título de "Noticia razonada", puso Malte-Brun al frente de su *Atlas*; pero aun cuando así no fuera, creo más acertado poner en manos de los discípulos el *Atlas de estudio* de Roberto Vaugondy, que el de D'Anville, porque este autor escribía en

1784, y aquél es de nuestros días (aún creo que vive actualmente), y sigue un método tan adecuado a la generalidad de los que estudian, como propio para ahorrar tiempo y trabajo.

Pero hay más: ninguno de estos autores basta para el estudio de la Historia antigua, es el de J. R. Joly, autor de la *Geografía universal antigua, comparada con la moderna*: obra que apenas forma dos volúmenes y un octavo, y que contiene una preciosísima tabla general en forma de diccionario, donde encuentran los discípulos todos los nombres de los antiguos pueblos, reinos, provincias, ciudades, ríos, lagos, montañas, etcétera. Desde los tiempos más remotos y oscuros; porque si se ha de procurar, como es debido, ahorrar trabajo a los discípulos, y principalmente en el corto espacio de tiempo que se le concede a usted para desempeñar su curso, es indispensable presentarles la *Geografía comparada*; de lo contrario, difícilmente harán su oficio al entendimiento y la memoria. Bien podrá tal vez alguno de los discípulos de usted determinar en un mapa cualquiera, la Lusitania antigua, y el Portugal moderno, pero dudo mucho se halle ninguno de ellos en estado de determinar, aun en el mismo mapa de Malte-Brun, los límites de la Siria primitiva, *v. gr.* o la situación de la antigua Táurida, que cité en mi última carta; para esto no basta la geografía de Malte-Brun; es necesario el estudio de la *Geografía comparada* de Joly, o de cualquier otro autor que haya escrito sobre esta materia.² Pero ni D'Anville ni Malte-Brun, ni Joly ni Vaugondy sirven de nada, si el discípulo no ha adquirido antes las definiciones y demás ideas preliminares de que he hablado en mis cartas anteriores, y que no deben ser las del padre Jacquier, ni de ningún otro autor que se le parezca; porque la Historia necesita no solamente el apoyo de la geografía y de la cronología, sino del de otras ciencias, como la crítica, la numismática, la arqueología, la etnografía, el testimonio de los autores, etcétera, etcétera, y estos conocimientos y las simples definiciones de ellos, que conviene aprendan los discípulos preventivamente, no se hallan en el padre Jacquier, ni en ninguno de los cursos de filosofía que hoy se enseñan en nuestros colegios.

Y si no, que busquen los discípulos de usted en cualquiera de estos cursos la explicación de las palabras arqueología, gliptografía, numismática, oblicuidad de la elíptica, cuenca de un río, vertientes de cordilleras, afluentes y confluentes, mesas centrales, pueblos nómadas, mármoles de Arumdel, organización civil, etcétera, y después de haber perdido el tiempo, la paciencia y el trabajo, tendrán que convenir los

² Joly escribía al mismo tiempo que Malte-Brun. Publicó su *Geografía universal antigua, comparada con la moderna* el año 1810, y en la introducción o en el prólogo de su obra crítica con severidad algunas doctrinas de Malte-Brun.



discípulos en que si usted no les da separadamente estas ideas, o a lo menos la significación de estas voces, se quedarán ellos en la misma ignorancia en que estaban antes. Yo estudié filosofía por el lugdunense, que ya en mi tiempo pasaba por autor más ilustrado que el padre Jacquier, y sin embargo nunca me hubiera atrevido a citarle en el caso presente, porque de nada me sirvieron sus doctrinas para el estudio de la geografía, de la Historia, además de que tengo cierta antipatía a las citas de esta especie porque todas me huelen a *barbara celarent*.

Lo que no puedo menos de extrañar (y perdóneme usted la franqueza) es que haya usted dicho que ha omitido la enseñanza de la geografía mitológica, por creer usted que podría aprovechar más útilmente el precioso tiempo de la juventud, pues qué, ¿pierde el tiempo la juventud adquiriendo las nociones que le son necesarias en aquella ciencia? ¿Será posible que usted, profesor de Historia Universal, desconozca la necesidad que hay de la geografía fabulosa para el estudio de la verdadera Historia Antigua, a la cual sirve de principio absolutamente indispensable? Malte-Brun pensaba de muy distinto modo que usted, todo el libro segundo de su tratado de *Geografía universal* está destinado a la geografía mitológica. El *Atlas* de este sabio escritor empieza por la geografía de Homero, de Hesíodo, de Orfeo de los argonautas, de Demócrito, de Eudoxio, Ephoro, etcétera, y a continuación de ésta sigue la geografía ya menos oscura de Herodoto, Ptolomeo, de Eratóstenes y de Estrabón, sin las cuales hubiera sido imposible fijar la del imperio de Alejandro, y la del mundo antiguo en el siglo II de nuestra era. Ahora más que nunca recomiendo a usted muy encarecidamente la lectura de la obra de Joly, que acabo de citar; cuando usted la haya consultado, estoy seguro de que no solamente advertirá usted mismo la equivocada opinión que ha tenido de la geografía mitológica, sino que también me agradecerá usted el conocimiento que le he proporcionado de tan útil obra.³

Conviene usted conmigo en que deben adquirir los discípulos algún conocimiento del carácter de los principales historiadores antiguos, como escritores; pero quiere usted que esto se haga después de que los discípulos hayan estudiado la Historia antigua. Yo creo que la razón natural dicta que procuremos conocer bien a un individuo antes de tratarlo, y mucho más, antes de dar crédito a lo que diga. Cuando queremos tomar un maestro, tomamos antes todos los informes posibles acerca de su instrucción, de su método, su estilo, de su carác-

³ La *Geografía* de Joly que, como he dicho, consta sólo de dos tomos en ocho grados de texto, y de un *Atlas* en cuatro grados, costaba en París, hace pocos meses, 42.5 francos: 8 pesos 4 reales.

ter, de los resultados que ha obtenido, y aun de las circunstancias particulares de su vida, y esto nos dispone y prepara a recibir la instrucción más o menos favorablemente, además de que si los discípulos de usted no han de adquirir ideas del carácter ni de los escritos de Herodoto, Tucídides, Xenofonte, de Polibio, de Diodoro de Sicilia, de Dionisio de Halicarnaso, de Amiano Marcelino y de todos los demás historiadores principales, hasta después de haber estudiado aquéllos las obras de éstos, digo a usted, sin ningún temor a equivocarme, que jamás adquirirán semejantes ideas porque no es probable puedan estudiar las obras originales de los referidos autores. No insisto más sobre este punto, por tener miedo de exponerme a decir alguna cosa inoportuna, pues confieso a usted francamente que no he podido entender cómo, por más que lo he hecho, lo que usted quiere decir en el párrafo de su carta a que me refiero. A mi modo de ver incluye una contradicción.

Dije que para el estudio de los grandes periodos en que debe dividirse la Historia no basta un solo autor, sea el que fuere, sino que es necesario adoptar el que mejor haya tratado la parte de Historia correspondiente a cada uno de ellos; pero al decir esto, hablaba yo del profesor que es quien debe consultar los referidos autores, por eso añadí que a él le toca arreglar el texto de las lecciones, extractándolas, o extendiéndolas según convenga: lo mismo sucede respecto de la lista de obras que, aunque metódicas y fáciles, no son para los discípulos, sino para el profesor, y creo que, si hubiera usted fijado la atención en estas palabras, habría omitido todo lo que me dice en los últimos párrafos de su carta, en cuanto a la utilidad que tendrían los discípulos para adquirir y estudiar diferentes obras de precio excesivo y de considerable número de volúmenes, además, hubiera usted advertido que siempre he manifestado la idea de que el gobierno es quien debe proveer a los colegios de estas obras y algunas otras de las más necesarias; pero ya que desea usted le indique yo una obra elemental que sirva desde luego a los discípulos con ella sola lecciones elementales ya arregladas y distribuidas en grandes periodos, tengo la satisfacción de recomendar a usted la excelente obra de M. Heeren intitulada *Manual de la historia antigua*, cuya traducción francesa se vendía en París hace muy poco tiempo por el moderado precio de cinco francos en la librería de Bossange Hermanos, calle del Sena número 12. Si llega usted a adquirir este manual, estoy seguro de que verá usted satisfechos sus deseos y yo por mi parte ofrezco a usted desde ahora y pongo a su disposición las aclaraciones y adiciones verbales que pude escribir cuando oía yo explicar las lecciones de este mismo manual a su sabio y respetable autor: yo las considero como parte integrante, y no la menos curiosa de esta obra. No hablaré a usted de la conocida obra

del abate Lenglet Dufresnoy intitulada *Méthode pour étudier l'Histoire*, porque, además de resentirse de la época en que fue escrita, supone conocimientos preliminares ya de mayor cuantía y consta de seis volúmenes en cuarto a los cuales es necesario agregar otros dos de "Tablettes chronologiques" del mismo autor.

En general, así como abundan los métodos para escribir la Historia es muy notable la escasez que hay de métodos para estudiarla: los pocos que he podido tener a las manos me parecen escritos para lucir los autores su propia erudición más bien que para proporcionar los verdaderos medios de estudiar fácilmente aquella ciencia; y confieso a usted, con toda verdad, que esta convicción fue la única causa que me movió a escribir la *Cartilla historial* y a darla a luz, animando a ello la máxima vulgar de que: "En la tierra de ciegos, el tuerto es rey." Pero, sin embargo, creo deber recomendar a usted el método de Lenglet, no para que lo estudien los discípulos, sino para el uso particular de usted o de cualquier profesor, pues es una obra de mucha y buena erudición.⁴ Lo que sí recomiendo a usted muy particularmente, y creo convendrá poner en manos, tanto de los discípulos, como de los profesores, para que lo consulten a menudo (no para que hagan de él un estudio formal), es *El manual de la historia de los hebreos desde el primer establecimiento de éstos hasta su ruina*, escrito por el alemán G. L. Bauer, y publicado en Nüremberg el año de 1800. Esta obra puede mirarse como la mejor introducción crítica a la historia de aquel pueblo y a la de sus preciosos monumentos antiguos, y creo agrada a usted, sobremanera, porque, además de estar escrita en un estilo muy ameno, facilita mucho el estudio de la historia de los fenicios, de los egipcios y de los asirios y de esas épocas oscuras que tanto dan quehacer a los profesores y tanto les placen a los discípulos principiantes.

Antes de terminar esta carta quiero retroceder al principio de la de usted y decirle que al ver la resolución con que procura usted dementirme, asegurando que en todos los colegios de esta capital se enseña la Historia, volví a rectificar mi juicio con todo empeño y detenimiento, y por desgracia, lejos de conocer que me haya yo equivocado, tengo mayores motivos para sostener a la faz del mundo entero que ninguno de los colegios citados enseña aquella ciencia exceptuando el Colegio de San Juan de Letrán, en donde usted da sus lecciones. En algunos otros, según yo he sabido, se les hace leer a los

⁴ Me tomo la libertad de advertir a usted que, en el caso de decidirse a consultar el método de Lenglet Dufresnoy, debe preferirse la edición hecha por Drouet en París, año de 1729, por ser la más correcta. El defecto principal de Lenglet es la difusión. Su método para estudiar la geografía consta de diez volúmenes en octavo.

discípulos el discurso de Bossuet sobre la historia universal; pero esto no es enseñar la Historia, porque este discurso no es más que una elocuente y sublime introducción a la historia particular de la religión cristiana, que sólo alcanza hasta la época de Carlo Magno y en la cual su autor sacrifica todo al ilustre pueblo judío. Es, si se quiere, el principio de una instrucción muy piadosa que un prelado cristiano da a un príncipe cristiano del siglo XVIII. Aun para percibir la belleza de este discurso es necesario leerlo en su lengua original, y no en las abominables y perversas traducciones que de él han hecho los traductores de *pape lucrando*, y que desgraciadamente abundan entre nosotros.

Otro tanto digo de las cátedras de geografía, sirviéndome de semiplena prueba la circunstancia de ignorar usted, según confiesa, los nombres de los profesores. ¿Por qué no usa usted de la misma franqueza que yo empleo? ¿Por qué no confiesa usted desembozadamente que no hay tales cátedras, ni esperanzas de que las haya jamás, si continuamos como hemos ido hasta aquí? El modo de empezar a remediar un mal es indicarlo, darlo a conocer perfectamente y sujetar sus consecuencias al juicio de las personas que piensan, de los hombres que aman a su patria y que no tienen pervertido el corazón: lo contrario es procurar engañarnos a nosotros mismos. Por otra parte, yo confío en que usted me hará justicia, conociendo la pureza de mis intenciones y el desinterés de mis esfuerzos. No porque vea yo el poco fruto de éstos hasta ahora, los consideraré inútiles.

La máxima *gutta cavat lapidem** es una verdad eterna. Si usted llega a establecer en México el verdadero estudio de la Historia, o de cualquier otra ciencia, merecerá usted muy justamente la gratitud de su patria; y pues que el cielo quiso concedernos a usted y a mí la misma cuna, nadie podrá privarnos de una parte de la gloria que usted se adquiera. Viva usted persuadido de eso, así como del afecto que le profesa seguro servidor que besa su mano.

J. GÓMEZ DE LA CORTINA
21 de marzo de 1844

* La gota excava la piedra.

RÉPLICA TERCERA (PROFESOR LACUNZA)

Señor don José Gómez de la Cortina. México, marzo 21 de 1844

Muy señor mío de mi aprecio:

Tengo el gusto de responder a la de usted, inserta en *El Siglo* de hoy, sobre el método de enseñar la Historia, disfrutando el placer de creer que no son inútiles nuestros escritos para el público: en el estilo decente que hoy tienen, son una verdadera discusión literaria, sobre un objeto de utilidad común, de enseñanza; una discusión en que al menos por la parte de usted se producen ideas nuevas para muchos, entre ellos, el que esto escribe, y aun cuando no presentasen otro bien que el llamar la curiosidad y la atención hacia la Historia, serían siempre utilísimas. Así, pues, no llevará usted a mal que yo continúe hablándole sobre ello. Imitaré el ejemplo de usted omitiendo tratar ciertos puntos que usted omita y en que creo estamos ya de acuerdo, y tocando muy ligeramente los que tengan visos de personalidad.

Tuvo usted la bondad de preguntarme si mis discípulos sabían lo que era punto, círculo, elipse, órbita, zodiaco, climas, rotación, eclipse, planetas, longitud, latitud, zona, ciclo, indicción, sistemas mitológicos, correspondencia de calendarios, diferencias de años, etcétera, y a esto respondí: que sí lo sabían; porque los más de ellos habían estudiado a lo menos la filosofía del padre Jacquier, y a excepción de los sistemas mitológicos, todas las cosas de que usted habla están explicadas en la filosofía expresada, con más o menos extensión; podrán oler a usted estas obras a *barbaras y celarent*, cosas a las que en verdad es que les ha pasado la moda; pero esto no quita que de esta obra puedan sacarse las ideas que usted menciona, y se sacan mucho mejor que en la del lugdunense que usted (yo también) estudió, porque ésta carece totalmente de matemáticas, y la de Jacquier tiene un tomo de ellas. No creo que la filosofía de Jacquier sea la obra que deba estudiar la juventud de nuestros días, y por eso, en el colegio a que tengo el honor de pertenecer, no se estudia ya; pero eso no prueba que esas ideas elementales no se adquieran por ella; el tomo 3o. y el tomo 5o. de esta

obra enseñan todo lo que usted refiere, aunque elementalmente. Deseo que los discípulos no se limiten a este triste recurso, y por lo mismo ha visto usted mis recomendaciones para que estudien con más profundidad; pero la Historia y la Geografía, aun con estas simples nociones, no son del todo imposibles comprender.

Conviene usted tácitamente en que sólo el plagiar en Historia no es defecto, sino el plagiar mal: bien; ahora es preciso que usted pruebe que Tyeler plagió mal: usted conviene en que hasta ahora no ha probado sino prometido probar: enhorabuena, si la prueba de usted se queda en promesa, nada tengo que decir, sino aguardar a que la cumpla; pero usted conocerá que no obraré prudentemente desechando un autor porque se me promete probar que no es bueno.

Me habla usted de la utilidad de los atlas de Vaugondy y de Joly; confieso a usted que no he visto sus obras; pero, ¿cree usted que no habrán aprovechado sus adelantos los autores de los atlas del Consejo de Instrucción Pública de Francia en 1833, y Lapie, padre e hijo, en 1841 y 42? Pues estos dos tenemos, aunque se pueda designar en el mapa a Portugal moderno y a Lusitania antigua, dice usted, no será fácil, designar los límites de ciertos reinos o provincias antiguas. No, en verdad, no será fácil, no ya para jóvenes estudiantes, aun para profesores de primer orden, no sería fácil y si después de una larga vida se consiguiese señalar algunos puntos de un modo seguro, no crearían los sabios que lo hubiesen hecho que habían trabajado en vano, pero estos ápices de la ciencia no son necesarios para los jóvenes; al menos hay cosas de mayor utilidad. Agréguese a la incertidumbre la variabilidad de esta materia de límites: los de una provincia o de un reino se alteran con el tiempo, y las victorias o reveses, les hacen retroceder o adelantar, ¿está muy lejos la época, en que, *v. gr.*, la Francia ha mudado límites en un año, de un mes a otro? ¿Y no sucedería lo mismo en los países antiguos? Ciertamente que sí, y por lo mismo no es absolutamente preciso, en general hablando, señalar con puntualidad los confines, excepto el caso de que hayan sido objeto de una guerra, y entonces basta con señalar el río, campo o ciudad que dio motivo a la disputa o sirvió de teatro a la batalla.

Nada importa esta exactitud, tan meritoria en el anticuario para la Historia. Sus grandes verdades filosóficas no dependen de cien leguas más o menos que avance un conquistador: si se quiere imprimir por ejemplo, en la mente de los jóvenes, que un grande hombre que sucede en el gobierno de un pueblo, a Alejandro sucediendo a Filipo, a Napoleón sucediendo a un periodo de vigor de ese pueblo, se eleva en un cierto grado de poder y se refiere en comprobación a la Revolución Francesa, o a Carlos I sucediendo en España a los Reyes Católi-



cos, ¿qué importa fijar con una exactitud matemática lo que no siempre es posible, el disputado confín de un territorio?

Pasemos a otra cosa: ha causado a usted extrañeza oírme decir que podría yo aprovechar más útilmente que enseñar geografía mitológica, el precioso tiempo de la juventud: y bien señor, lo repito ahora y voy a responder a lo que usted me dice. Yo convengo, si usted gusta, en la utilidad grande de aprender la geografía mitológica; pero usted debe considerar mi posición. Mi cátedra es sólo de Historia, no de geografía: los alumnos no tienen gran conocimiento de la última, y yo, en este punto, de acuerdo con usted la creo inseparable de la Historia, me veo precisado a hacer cercenar algún tiempo a mis lecciones y ésta para hacer una explicación y aplicación de aquélla; en este tiempo corto debo escoger el punto de explicación entre la geografía histórica y la mitológica; en este caso prefiero absolutamente hacer una explicación y aplicación a la geografía verdadera, y prescindo de la mitológica; así como en mis explicaciones históricas me gusta más y lo creo más útil, hablar de Milciades o de Temístocles, que de Saturno o Hércules. No estoy conforme en la idea de que sea absolutamente indispensable saber geografía mitológica para saber la geografía verdadera de los sucesos cuando la Historia sale ya de los tiempos fabulosos. Tal vez variaré de ideas cuando lea a Joly; pero por ahora me parece equivocada la de usted.¹

El carácter de los historiadores antiguos dijo que debía conocerse; pero después de estudiar la Historia antigua: cree usted ver contradicción en esto, y además entiende que nunca llegarán los discípulos a leerlos todos, y ni por consiguiente a estudiar los originales, así jamás llegarán a adquirir ideas de su carácter. Teme usted no haberme entendido; puede ser: voy a explicarme más claro, si puedo. Yo entiendo que ningún principiante, y mucho menos los jóvenes, deben estudiar la Historia antigua comenzando a leer los originales, los autores que de ella tratan, sino que es prudente, como sucede en mi caso, empezar por leer un compendio que les presente el conjunto más bien que la individualidad de los sucesos; entonces se forman una idea de lo que se cuenta: suspenden enhorabuena su juicio sobre la verdad de parte o del todo de lo que leen o se les refiere; pero no por eso habrán dejado de adquirir una idea general del modo con que se refieren los acontecimientos. Entonces es cuando yo creo es útil que se les dé una

¹ Si Malte-Brun y otros que han escrito obras clásicas de geografía han dedicado libros o capítulos a este ramo, es porque debiendo perfeccionar sus planes, en ellos entraba este ramo; pero yo, que no enseño geografía, estoy muy lejos de su caso, y su ejemplo nada prueba para mí.

instrucción de los autores que narran cada una de aquellas cosas o de aquellos periodos, para que, si sus circunstancias particulares les interesan, puedan llevar más adelante su investigación con el conocimiento de las fuentes de donde se ha tomado la relación y del grado de pureza que tienen esas fuentes. Antes de adquirir esa idea general no pueden discernir al grado de fe que merecen los autores originales, como que no pueden comprender la situación misma de esos autores en una sociedad que los lectores no conocen.

Creo que ahora desaparecen las contradicciones, y no se presenta el inconveniente de leer un autor antes de conocerle; pues yo conven-go que antes de leer a Herodoto se lea algo sobre su vida y circunstancias particulares aunque esta segunda lectura debe ser presidida por la de algún compendio de historia griega.

Que las obras que usted me nombraba en su anterior eran más propias para el maestro que para los discípulos, y usted mismo lo pensaba así, ya lo entendía yo, y por lo mismo dije a usted que no había satisfecho mi pregunta ni su propia indicación que era la de presentar una obra elemental de tal manera que en el corto periodo del curso quedase traducida, entendida y explicada. Tan convencido creo a usted mismo de que faltaba en ese punto una respuesta categórica que ahora procura dárme la designándome el *Manual de historia antigua* de M. Heeren. Bien, pero restan dos dificultades: 1o. ¿Y la historia de la Edad Media? Y hablo de sólo ésta porque la moderna está escrita por el mismo autor; yo no conozco el *Manual de historia antigua*; supongo que es lo mismo que el de Historia moderna (que poseo, y aprecio como es justo). 2o. Supuesto que yo hubiera sabido la existencia de tal obra y que la hubiera creído enteramente adaptable ¿cómo proporcionármela de pronto? Encargarla a Europa era esperarla por cuatro o cinco meses, lo menos, entretanto, ¿se suspendía la clase? ¿Ignora un hombre como usted que un proyecto por bueno que sea corre gran peligro de no ejecutarse cuando comienza a diferirse y que, en materia de innovaciones útiles, es mejor plantearla inmediatamente aunque no esté en el más alto grado de perfección a que exponerlas a que jamás se realicen por querer que nazcan gigantes? Llamo la atención de usted sobre estas preguntas, que sirven de respuesta a muchas objeciones.

Respecto de la *Cartilla historial* de usted; la tuve desde que usted la publicó y como ya dije en mi anterior me ha servido mucho para dar ciertas explicaciones que no se encuentran en otras partes, a lo menos de un modo tan a propósito para la enseñanza; pero me alegro que usted reconozca que es muy notable la escasez de métodos para estudiar la Historia, y de autores elementales. Lo es efectivamente, y tanto, que usted, tan versado en ese ramo, no ha podido señalarme



sino a M. Heeren que tiene para adoptarse la imposibilidad, la escasez de ejemplares; yo no conozco sino el *Manual de historia moderna*, no he visto más ejemplar que el mío adquirido por casualidad y jamás ha sido anunciado en una lista de libros en México, al menos que yo me acuerde.

Toca ya el punto de si en los demás colegios hay cátedras de Historia; y vuelvo a decir que sí las hay: y voy a nombrar a usted los profesores: en el de San Ildefonso, el señor Rada, y se estudia el Tyeler; en el Seminario, el doctor Vera, y se estudia el *Compendio* de Anquetil; en San Gregorio, el señor licenciado Aguilar, y se estudia el *Discurso* de Bossuet. Usted dice que exceptuando Letrán, donde yo enseñé, en ningún colegio se estudia Historia. Agradezco a usted la excepción, porque sin duda es muy honrosa. Mas lo dicho basta para que usted vea que hay las tales cátedras de Historia. Pero esto, dice usted, no es enseñar Historia, pues el discurso de Bossuet, cualquiera que sea su mérito, no puede servir para enseñarla. En esto yo lo creo como usted, y sépase que largo de trabajo me costó escaparme de él, pues se pretendía que todos lo adoptásemos. Pero todo lo dicho sólo prueba que hay defectos en la enseñanza, no que ésta deje de existir; el gran paso está dado, que era introducir este ramo en la instrucción; perfeccionarlo es obra del tiempo, y si para ello sirve un ejemplo que es el que me esfuerzo en dar de que esta cátedra no es igual a la de gramática, en que basta tomar al discípulo una declinación o una conjugación de memoria, si este ejemplo sirviere de algo, yo consideraré que he sido útil a mi patria.

Yo hablo a usted señor Cortina con franqueza: nuestra instrucción pública en este ramo como en otros no está ni próxima a la perfección, ni a la altura que podría estar, pero esta instrucción ha progresado visiblemente desde los días en que nos educamos nosotros hasta ahora, y es dulce la esperanza de creer que progresará cada día más. Nuestra juventud tiene entusiasmo por aprender, y esto es mucho ya. Hay los elementos en los colegios y sólo necesitan aprovecharse; pero al indicar los males es preciso no herir con una reprobación absoluta todo lo que existe ya, que indudablemente no es tan malo como lo pinta la crítica. Hay quien crea que el peripatetismo, desterrado de la antigua Europa, ha venido a encontrar un asilo en los colegios de México. Yo, en honor de éstos, debo protestar altamente contra tal idea.

Confía usted en que haré justicia a sus buenas intenciones; la hago, y siempre me ha parecido laudable su celo por la literatura; lo único que alguna vez no he aprobado es la dirección dada a ese celo y jamás el estilo claro y mordente* de algunos de sus escritos, más propios para

* Recuérdese que el conde de la Cortina editaba el satírico y fustigante *El Zurriago*.

irritar que para corregir y que produce sobre todo el efecto de desanimar todos los esfuerzos que pudieran hacerse para salirse del orden común. Después de lo que ha pasado conmigo; ¿piensa usted que algunos de los que enseñan Historia en otros establecimientos quieran trabajar algo y mucho menos darlo al público para buscarse un adversario como usted y verse despedazado desde los momentos de su aparición? ¿Para entrar en una disputa que no a todos será posible, y en que no siempre se tiene la fortuna de poder rechazar satisfactoriamente los ataques? Sin duda que no; estos proceder no producen otra cosa, sino que cada cual quiera mantenerse cubierto con la sombra de su oscuridad, considerando como un bien el olvido de ciertas personas, y prescindiendo de los adelantos de la ciencia para no comprometerse personalmente.

No crea usted por esto que le pido elogios para métodos perjudiciales o absurdos, eso sería mentir a la propia conciencia y a los hombres, bajeza de que creo a usted incapaz, como me juzgo yo mismo; pero cuando existe una buena intención y se extravía un procedimiento por causas no maliciosas, aunque supongan la ignorancia, me parece que debe ilustrar y no increpar, ni mucho menos burlar. Éste es, sin duda, el caso en que se hallan los profesores de los demás colegios; es una verdad que se hace leer el discurso de Bossuet, en algunos de ellos, y que a esto se reduce toda la enseñanza; es verdad, también, que esto no solamente no pueda hacer aprender la Historia, y que difícilmente podrá hacer entender al autor sin otros conocimientos anteriores; ni el modo de proceder, enteramente distinto de éste, acredita mejor que cuanto pudiera yo decir que no me parece bien; pero, repito, que este mismo método malo prueba que ya las cátedras existen, porque existir mal es existir; y por lo mismo, no obstante el favor que usted me hace con su excepción, le repito, que en todos los colegios de esta capital hay cátedra de Historia, y que la intención, a lo menos de todas ellas, ha sido enseñarla bien. ¿Y quién nos asegura que todo esto que hemos escrito usted y yo no servirá para reducirlos al camino que nosotros juzgamos bueno?

Pudiera extenderme mucho más sobre ciertos puntos; pero temo fastidiar; y concluyo dando a usted las gracias por su amistad, que aprecio como es justo, y ofreciéndole la de su servidor que besa su mano.

JOSÉ MARÍA DE LACUNZA

HISTORIA

Entre el primer hombre que, errante sobre la tierra solitaria, apenas podía construir una choza grosera para librarse de los animales feroces y de la intemperie, y las poderosas naciones de nuestro siglo, hay una inmensa distancia de conocimientos y de facultades, y un aumento de elementos para la felicidad, ya en lo material, ya en lo intelectual, que habría parecido imposible a nuestro primer padre. Este aumento no es la obra de un hombre, de una nación, de un periodo determinado. En la masa de los conocimientos humanos, las generaciones al pasar han arrojado cada una su piedrezuela, lo que ellas habían recogido como fruto de sus trabajos y de sus talentos, cortos muchas veces a la verdad pero que, unidos al de sus antecesores o sucesores, han llegado gota a gota a formar la suma inmensa de que hoy nos aprovechamos. Obra universal del trabajo común, cada hombre se aprovecha del afán de todo el género humano hasta su tiempo y cada hombre y cada siglo lega a los que están en el porvenir, algo nuevo que acrece el tesoro de sabiduría.

Mas para que la losa que cubre el cadáver de los hombres, o la arena del desierto que sepulta las ciudades o los pueblos, no cubriese también para sus sucesores el saber que habían poseído sus antepasados, era necesaria una comunicación de sus adelantos; ésta es la Historia. La Historia de los hombres, de los Estados y de las ciencias, que forma una gran parte de cada una de ellas, es la que nos trasmite los conocimientos de los que vivieron y observaron, de los que estudiaron y fueron sabios antes que nosotros: las ideas de la especie humana se limitan como las de los individuos a la sensación actual con sus deducciones, a lo que estamos percibiendo o descubrimos, y a los recuerdos de las ideas que antes hemos adquirido. La sensación o el descubrimiento de una sola generación es muy corto, pero su recuerdo puede ser muy extenso y la historia es la memoria del género humano. La mayor parte de nuestras ciencias y nuestras artes son históricas; pues, que la civilización y el saber no son otra cosa que una larga serie de acontecimientos acumulados. La sabiduría de que se gloria nuestro siglo, la superioridad con que nuestros sabios se envanecen respecto de los sabios de los siglos anteriores, existe realmente no como

resultado de las facultades individuales, sino como el producto de las agregaciones de sus descubrimientos científicos a los nuestros y aun a los de todos los sabios que han mediado: es que la especie humana adelanta en años y se va cargando con la experiencia de todo el tiempo que pasa: los siglos y los hombres desaparecen: cadáveres privilegiados se conservan en monumentos inútiles para la humanidad; pero una biblioteca conserva enteros los pensamientos, tan puros y tan vivos como si aún resonaran en los labios de sus autores. En un libro antiguo leemos a veces la narración de los sucesos que agitaron al mundo material; otras, la narración de las ideas; siempre Historia: historia del hombre físico o historia del alma, de todas maneras algunos pasos dados en la senda del saber, de que nos utilizamos; algo menos que andar para nosotros.

Y no solamente nos trasmite la Historia una riqueza estéril, a la que, agregadas nuestras adquisiciones, produzca la suma simple de ambas, sino que lo adquirido ya sirve para adquirir lo siguiente; es un tesoro productivo: nos pone delante de un hecho; sea que éste haya pasado en el mundo material, como una observación física o un experimento, sea en el mundo moral un suceso o una revolución de los hombres o de los Estados. Y estos hechos, fuente fecunda de deducciones para los que activa o pasivamente los presenciaron como testigos, como autores, o como víctimas, no dejan de serlo para nosotros, teniendo sobre los contemporáneos la ventaja de la imparcialidad. El tiempo y la muerte han levantado un muro al través del cual no penetran las esperanzas ni los temores, y nosotros al otro lado razonamos con impenetrable serenidad. Aciertos o errores, sublimes virtudes o pasiones extraviadas, todo nos es útil: los unos nos muestran un ejemplo y una senda abierta, los otros señalan un escollo en su naufragio. Se ha dicho que la luz de la juventud es la imaginación y esto es verdad aun en las ciencias; los primeros ensayos de ellas son generalmente los sistemas, porque es más fácil inventar uno por complicado que sea y adornarlo con nuevas suposiciones para acomodarlo a los fenómenos. Por otra parte, esto hace brillar más el ingenio del autor que buscar una verdad sencilla y clara que, deducida con aparente facilidad de un hecho, explique todos los demás. Para esto se necesita una observación constante y reflexiva, el hábito de meditar y acaso un momento de inspiración feliz que no es común por natural y sencillo que después aparezca el pensamiento: pero este proceder aunque difícil es el único medio de formar ciencias. Los sistemas probarán el ingenio de sus autores, y su intención buena o mala, según el fin que se propongan; pero ellos son la suposición y la ciencia es la verdad: el tiempo y los sucesos destruyen aquélla; ésta vive y se consolida a



pesar de las contradicciones, del voto universal que se le oponga y aun de la retractación voluntaria o forzada del mismo descubridor; el hecho es indestructible, y las consecuencias de él, si están bien inferidas, participan de su naturaleza.

El método de fundar una ciencia sobre los hechos hace algún tiempo se ha aplicado a las físicas y, ¿quién de nosotros, señores, ignora la nueva creación que en ella se ha hecho por el sistema experimental? Pero a pesar de estar reconocida la excelencia del método, no se había aplicado a las ciencias morales: motivos que no es del caso expresar y la mayor dificultad de la observación habían sido causa de esto; hoy, sin embargo, algunos han entrado ya en la senda recta y procuran tratar este ramo de las ciencias como todos los demás, observando y analizando el hecho y deduciendo sus consecuencias. Y el análisis se ha presentado no como un simple adelanto en la ciencia de pensar, sino como un instrumento universal, como una fórmula en matemáticas que resuelve un problema y es aplicable a todos.

Pero entre las ciencias morales y las físicas hay una diferencia notable, los hechos del mundo material relativos a las segundas están enteramente a disposición del profesor: si no está satisfecho de la descripción que ha oído o leído, puede repetir el experimento y colocar los cuerpos en la misma disposición cuantas veces lo juzgue necesario, puede aun hacer al experimento las modificaciones que le sugiera su cálculo o capricho; pero el sabio moral, excepto en circunstancias muy particulares, no tiene a su disposición los hombres o los pueblos, nada puede añadir al experimento tal como se lo presenta, ni aun repetido; necesita entregarse a la narración que se le hace y esta narración es la Historia. Inútil es decir que no ya la falsedad, pues ésta sería lo peor, sino aun la sola omisión de algunas circunstancias en el hecho, basta para dar a las consecuencias el carácter del error; pero si es preciso advertir que en estas circunstancias no son en tanto número como se cree comúnmente y que hay algunas que, contribuyendo en gran manera a la belleza e interés de la narración, son sin embargo poco menos que para la ciencia.

El grande fruto de la Historia no está en la aplicación indirecta de los casos particulares, sino en los caracteres generales de las naciones o de las épocas, en la comparación de las causas y de los efectos. Cuando se aplica un suceso particular a otro caso también particular, sin ser el uno y el otro consecuencia de una misma causa dada, se hace una puerilidad, y, si se pretende sacar una consecuencia, el error es muy probable; los hechos en la narración podrán ser iguales o idénticos, pero en la ciencia son distintos si no tienen una causa igual; así como en la ciencia médica la muerte por vejez y por heridas son una

misma muerte, pero no son sucesos idénticos. En los casos particulares es difícil encontrar absoluta identidad: en la masa de los pueblos, en las acciones de un gran número de hombres reunidos, se encuentra más analogía, y en ellos es donde deben estudiarse las exigencias, las pasiones y las fiebres de las grandes sociedades. Cuando se requiere saber cómo una multitud obra en la guerra, en el progreso del comercio o de la industria, cómo es conducida cuando se le aterroriza, o cómo su amor a la independencia se convierte en rebelión contra toda autoridad y contra toda ley, cómo sectas o religiones hostiles vierten sin piedad y sin remordimiento la sangre humana, entonces sólo en la Historia pueden encontrarse reunidos los materiales para estas observaciones. Comparando con ellas lo que se conoce del hombre individualmente, se adquiere el conocimiento de la especie, y en ese caso la idea de lo pasado puede ser el pronóstico de lo futuro; no porque lo que sucedió una vez deba por esto sólo repetirse, sino porque el pronóstico se funda en el conocimiento del género humano, y éste es miembro del mismo.

Por confrontar los hechos olvidando las causas, pasan a la sombra de imágenes brillantes como rayos de verdad, ciertos paralelos de aquéllos. Sirva de ejemplo la juventud, progreso y vejez o decadencia de los Estados: porque hemos visto a muchos levantarse y caer, pronosticamos que todos deberán tener vicisitudes y periodos semejantes; que sus primeros años serán de agitación y de vértigo; pasados algunos, seguirán los de poder y madurez, y al fin vendrán los de vejez y consunción. Mas el hecho sólo de que otras naciones se han levantado y caído, no prueba que caerán las existentes hoy: si se llegasen a descubrir las causas que precipitaron a la ruina a las que no existen, si estas causas se evitasen, sería bastante para evitar también la extinción de las presentes. La Historia presenta realmente ejemplos de naciones que o no han sido agitadas en los primeros años de su existencia política, o no han llegado jamás al poder, o no han perecido en larga serie de siglos, ni hay temores próximos de que perezcan. En este examen de causas de decadencia y progreso, es lisonjero considerar, que en cuanto la limitada capacidad humana puede prever algunas de las plagas de las naciones civilizadas, hay poca probabilidad de que se renueven.

Esas razas de hombres que arruinan los imperios, y que, como la germánica, crían una sociedad nueva, no son hoy de temer. Buscando por el mundo no las encontramos a pesar de ser conocido para nosotros casi todo el globo. Las colonias romanas de las orillas del Rin y del Danubio miraban a los países más allá de aquellas riberas como nosotros a los planetas, con entera ignorancia de lo que en ellas pueda



existir. Sabían que había allí una porción de tierras, pero desconocían hasta su extensión. Mas para nosotros la ciencia ha limitado la imaginación, y ésta no puede racionalmente figurarse ni esperar nuevas tierras y pueblos que vengan a rivalizar con los que conocemos: la tierra parece agotada, y no presenta recursos para una mutación violenta de la sociedad actual; aun los nuevos descubrimientos que suelen hacerse no presentan sino tribus degradadas que no continuarán existiendo, sino mientras lo permitan naciones que no creen hoy que sus países despreciables recompensarían los gastos y trabajos de la conquista. Debemos persuadirnos de que la providencia no ha fijado de un modo uniforme e irrevocable el destino de las sociedades, y de que los pueblos así como los hombres deben esperarlo todo, para su conservación y engrandecimiento, de su buena o mala conducta. Dios ha dado al talento y a la virtud de los hombres reunidos o separados un premio aun sobre la Tierra: a ellos toca obtenerlo.

Sin entregarnos, pues, a fútiles temores de aniquilamiento, o a vanas esperanzas de progreso; sin confiar la suerte de la patria a la ciega fatalidad, debemos buscar las causas que han conducido a otros al primero, para evitar las que les han llevado al segundo, para fomentarlas. Éste es el grande objeto de la Historia: la de los pueblos vivos, de nuestros compañeros en el usufructo de la tierra; es la de los hombres con quienes estamos obligados a tratar de sus virtudes y sus defectos, de sus debilidades o de sus fuerzas y de sus intereses de todas clases, intereses que deben necesariamente mezclarse, fomentando o contrariando, con los nuestros, y de cuya noticia no debemos prescindir sin exponernos a ser víctimas de nuestra ignorancia. Esto es lo que da a la Historia moderna ese interés más vivo respecto de la antigua, como cada uno se afecta mucho más de los sucesos actuales de sus hermanos y de sus amigos que de los de sus bisabuelos y de los amigos de éstos.

La historia de un pueblo muerto es la anatomía de un cadáver en la que se buscan las causas de su mal y se encuentran tal vez con su remedio; y estos descubrimientos sirven para la conservación de los vivos. No es, pues, un estudio de curiosidades el de los sucesos presentes o pasados: es una medicina moral, es la base sólida de una ciencia lo que en ellos se busca.

JOSÉ MARÍA DE LACUNZA, *El Ateneo Mexicano*,
México, Imprenta de Vicente G. Torres,
t. I, 1844, p. 25-27.

LAS CIENCIAS Y EL SIGLO XIX

El instrumento peculiar de dominación en el hombre es el entendimiento. Otorgó el cielo a las especies animadas que se reparten con él la habitación de la Tierra, la fuerza o la agilidad; pero ha concedido al género humano el imperio del pensamiento, el poder del genio: fuerza tanto más viva cuanto más suelta; agente invisible que manda en silencio, que se oculta a los sentidos, pero que es irresistible como las leyes de la naturaleza.

Este reinado glorioso del alma no se halla en relación con las potencias físicas, ni al oro, ni al valor, ni al poder les fue dado aniquilarle; y la frente del filósofo y de la nación desgraciada, parece el trono del saber y se corona con los recuerdos. Es el astro que brilla sobre la Grecia en los días de su opresión. Sin héroes y sin guerreros, atada al carro de la victoria romana, tiene aún Atenas el poder de arrancar a los grandes hombres, sus dominadores, del suelo natal y estos vencedores del universo sufren el destierro por el gusto de ver la patria de la sabiduría. Y Roma, y la bella Italia, ¿qué va no son más que una historia? ¡Tal es la suerte de las grandezas humanas! Una historia; pero, ¡qué brillante! Los pueblos que en otro tiempo temblaban a su nombre, hoy no le concederían ni siquiera una mirada, si no fuera porque allí es la patria de lo pasado. En vano en el delirio de la omnipotencia guerra se le han querido arrancar sus monumentos, ¿qué son algunas figuras, algunos mármoles en comparación de esos siglos de su grandeza que se hallan asentados sobre su suelo; de ese sol purísimo cuyos rayos son ahí la inspiración de las bellas artes y la diadema de la gloria? Habría sido necesario arrancarle las almas de sus hijos y las memorias del universo, transportar el Tíber de los cónsules y de los césares, y encerrar en un museo sus montes sagrados y sus tierras de libertad.

Y el Egipto, ¡el anciano de los imperios, el país ilustre de las cosas sagradas y de las momias!, todo ha terminado en él; apenas quedan sus pirámides y las ruinas de sus templos, es decir, sepulcros y escombros. Su tierra árida, su región convertida en desiertos de arena, es ella misma un cadáver de lo que fue una nación. Sin embargo, aquí fue la cuna de la religión, aquí nació la astronomía. Este pueblo tenía sus ojos fijos en el cielo y encontró en él el orden del universo y la



divinidad. Si hay eternidad terrena, la disfrutaban sus tumbas, y los nombres de los grandes acontecimientos están para nosotros como santificados, ahí nacieron las ciencias.

Las ciencias... esta palabra está cargada de los recuerdos de los siglos, de las memorias de todos los pueblos, de los prodigios de los milagros del pensamiento.

Hoy tenemos el orgullo de llamar a nuestro siglo, el siglo de las luces: tal es el hombre. Atribuye a sí mismo, o a lo que le pertenece, el más alto grado de la perfección humana; y si la vergüenza no contuviese su voz diría: yo soy el hombre por excelencia, así cree la época de su vida el periodo más brillante de la humanidad.

¿Pero ese Egipto, esa Grecia, esa Italia, que han impreso en el mundo una huella tan profunda de su existencia, que nos han revelado tantos misterios, que nos construyeron monumentos, que las generaciones, sucediéndose con todas sus tormentas, no han podido ni imitar, ni destruir; estos pueblos eran hordas de bárbaros? ¿No había en ellos un corazón que palpitase al eco de las ciencias, un hombre que se creyese llamado cuando se pronunciaba el nombre de la filosofía?

Hallábame sentado una tarde en medio de una biblioteca, no leía, no tocaba un solo libro de millares que me cercaban, pero meditaba. Me entregaba a contemplación vaga y general sobre esta masa de pensamientos humanos que se había legado por los autores de la posteridad. Veía una obra contenida en una serie de grandes volúmenes: imposible parecía que un solo hombre hubiese podido pensar tanto. Y sin embargo el nombre de estos autores no es el único, se pierde entre una multitud de otros, que pensaban o escribían lo mismo o más que ellos. Cada uno había agregado algo al saber de sus antepasados, y así se ha formado un océano de conocimientos al que nuestro siglo ha contribuido con algunas olas más.

Mi imaginación extraviada llamaba a la vida a los escritores, se complacía en la idea de la resurrección de aquellos hombres en un mismo instante, aquel recinto sin duda no los hubiera contenido, pero sus nombres pasaban por mi pensamiento; cada siglo, cada país, tenía su representante: las sonrisas de los unos, la severidad de los otros; ¿era la expresión del orgullo con que cada uno creyó su época y su patria la de la sabiduría, o era la ironía amarga con que veían al hombre soberbio del siglo XIX? Yo no lo sé, pero jamás me ha penetrado tanto la sensación de la cortedad de las luces humanas, de la nada de nuestro delirio de ciencias. Desaparecían en este pensamiento todas las ilusiones. Cuando en la Universidad, rodeado de algunos cientos de retratos de grandes hombres, oía yo cargar la nota de estupidez e ignorancia a los siglos en que ellos vivieron, me parecía que cada una de

aquellas figuras se animaba, para dar un mentís público y solemne a los que formaban el contraste entre ellos y nosotros. ¡Cuántas ideas se revelaban al hombre en las tinieblas! La noche es el teatro de la reflexión, y lo pasado, oscuro, impenetrable, es el modelo a cuya comparación se humillan las ilusiones orgullosas.

Otras veces me lanzaba en el porvenir. Al dirigir alternativamente la vista sobre diversos volúmenes que ocupaban la pieza, veía el antiguo pergamino de los unos, con sus rútolos casi ininteligibles, a manera de una inscripción sepulcral medio borrada sobre una lápida descolorida, veía el brillante dorado de los más modernos y sus tafilettes de diversos colores engalanados como una esposa en el día de la boda, como un guerrero en sus triunfos o como un sentimiento en los primeros días de la vida.

Estos libros viejos, con sus caracteres góticos, que apenas podía leer, eran para mí una profecía de vejez y degradación dirigida a los nuevos; parecía que permanecían allí como una calavera en un templo cristiano para recordar a los jóvenes su fin inevitable.

Entonces dos o tres siglos pasaban por mi alma y marchitaban el brillo de aquel oro, empañaban el esplendor de aquellos colores y otros nuevos sabios que nacían en ellos, otras nuevas ciencias, cuyo nombre ignoramos, ocupaban su lugar y envolvían su fama en otro renombre nuevo que hacía desaparecer los antiguos. ¿Qué idea tan triste presentaba este siglo XIX, tan ponderado, cuando mi alma hacía esfuerzos para distinguirlo desde el veinte y dos o desde el veintitrés? ¿La gloria de los escritos de hoy estará tan muerta como sus autores, tan fría como su sepulcro? ¿Habrá entonces quien se digne abrir algún libro de los que hoy son nuestra lectura familiar? ¿Nos dignamos nosotros sacudir el polvo de los que eran la delicia de nuestros abuelos?

No es, pues, la ciencia el distintivo de siglo alguno. Ella acompañó al primer pensamiento del hombre, y ella será el último ejercicio de sus facultades mentales; salió el alma con ella de la mano del Creador, será su más preciosa potencia cuando vuelva a su seno.

Pero siglos nuevos han traído ciencias diferentes: Roma no supo lo que sabe París, lo que sabe Londres; mas París y Londres ignoran a su vez lo que supo Grecia, lo que supo Egipto. Las preocupaciones, el gobierno, el espíritu de los pueblos, todo aquello que constituye un siglo y una nación, tiene un influjo directo sobre las ciencias.

El Egipto aspiraba a la gloria de la astronomía, y sus sabios eran magos. Así sus almas abrigaban un presentimiento celestial, que deseaba buscar y encontrar por todas partes el influjo inmediato y directo de la divinidad. La religión y el cielo: tal era la divisa de la sabiduría, y aquellos filósofos eran sacerdotes.



La Grecia se envanecía con sus bellas artes: el cielo era puro y hermoso y los hombres anhelaban por trasladar a sus edificios, a sus pinturas y a sus estatuas la elegancia de la naturaleza y el brillo de su sol siempre radiante. El mármol y los colores debían modelarse por la primavera.

La libertad y la turbulencia prolongada de aquellas repúblicas sin superior eran una inspiración de moral y de fortaleza, de metafísica profunda, de una esperanza de otra vida más serena y más feliz. El hombre entonces debía transferir para otro mundo su dicha, y debía aprovechar los goces del instante presente, único que podía llamar suyo. Se ven nacer de aquí los filósofos del Pórtico, los discípulos de Epicuro y la secta de los estoicos.

Tal fue Roma también en sus últimos tiempos: cuando pesa la opresión sobre todas las cabezas, se busca en un mundo mejor la felicidad que ha huido del presente, y se procura separarla de los dolores físicos. El filósofo que se creía libre, cargado de cadenas, y feliz cuando estaba sumido en el abismo de los padecimientos corporales, pensaba en un delirio, que si no podía realizarse era a lo menos el último consuelo que restaba en aquella época a la humanidad.

Cuando se habían desterrado de su vida física todos los placeres, todas las esperanzas; cuando la sociedad le negaba la dicha, el hombre se aislaba y procuraba encontrar en su independencia, única potencia que conservaba inaccesible a los tiros de sus semejantes, una indemnización a los sufrimientos de sus órganos.

Era necesario hacer crecer la vida interior, al mismo tiempo que se disminuía la vida de relación, que inspiraba todos los intereses exteriores, era preciso buscar la paz, la libertad y la felicidad en estos pensamientos íntimos que pertenecían al secreto del corazón y no estaban bajo el poder de los tiranos. Así la fuerza de las ciencias se dirigía al alma. Éste es el laurel que ornaba la tumba de Sócrates.

En los siglos medios, en este largo sueño de la libertad, dividíanse el imperio sacerdotes y guerreros: las armas solas y la teología eran honradas y apreciadas. Entonces, pues, marchaban iguales el caballero y el eclesiástico. Éstos eran los únicos que escribían y entre los monumentos que levantó el ingenio en aquellos tiempos, raro es el que no apoyaba su gloria sobre la religión.

Conjunto incomprensible de degradación en las acciones y de sublimidad en el pensamiento, de esclavitud y superioridad. Alguna vez resonaba el eco de las leyes romanas. El imperio próximo a su fin había producido ese gran momento del saber, que ha salvado los siglos, ha atravesado las tormentas y ha llegado hasta nosotros. Es como el testamento, como la última voluntad del rey del universo moribun-

do; son las instrucciones que dejaba a sus hijos, inexpertos, ignorantes, para que se dirigiesen en la vida política que iban a hacer.

Hoy estamos en una época de reforma social. Los reyes antes inaccesibles, que eran objeto de terror, son ya el blanco de los tiros de sus súbditos. El conato de mejoría, avivado por todas las pasiones, es como un terremoto perpetuo y universal, que conmueve la tierra con sus tronos, sus templos y cuanto hay de grande sobre ella. La voz de libertad resuena por todas partes como un grito de renovación, como un llamamiento de guerra entre ideas antiguas y las invenciones modernas, que quieren sustituirlas.

La naturaleza, por otra parte, nos revela sus misterios. ¿Qué habría sido un sabio, un hombre vulgarmente instruido de nuestros días en los tiempos de Alejandro, de César y de Carlo Magno? Habría sido un profeta o un energúmeno; aquel siglo habría creído que tenía en el cuerpo la virtud omnipotente del cielo, o el poder de los espíritus infernales; lo que hoy es tan sencillo para nosotros, habría sido para ellos un milagro o un encantamiento. Y el filósofo hubiera ocupado un lugar entre los dioses tutelares de la humanidad, o entre los tiranos del mundo; de todos modos, hubiera sido un poder colosal, un gigante entre pigmeos.

La ciencia de nuestros mayores era más espiritual, más inmaterial que la nuestra; sus hombres más grandes se dedicaron a la teología, a la metafísica y a la moral; los nuestros a las matemáticas, a las ciencias físicas, procuraban aquéllos penetrar los espíritus, Dios, el alma y la felicidad; los nuestros entre tanto se dirigen a los cuerpos y a la materia. ¿El error es de ellos o nuestro? Lo ignoro, somos demasiado parciales para decidirlo.

Mas cuando haya pasado este entusiasmo, cuando se hayan helado en la tumba todas las pasiones, todos los intereses de hoy, cuando algunos siglos hayan confundido el polvo de nuestros antecesores y el nuestro en un mismo recuerdo o en un mismo olvido, entonces nos juzgarán nuestros nietos y los suyos; para que su voto nos sea favorable, ornemos nuestras opiniones con la corona de la razón; mas no nos juzguemos la perfección del Universo, el velo de la indulgencia cubre los errores, las equivocaciones; para la soberbia, para el orgullo no hay perdón.

JOSÉ MARÍA DE LACUNZA, *El Ateneo Mexicano*, México,
Imprenta de Vicente G. Torres, t. x, 1844, p. 227-230.

